

COMEDIA NUEVA.

SABER PREMIAR
LA INOCENCIA

Y

CASTIGAR LA TRAYCION.

ACTORES.

El Emperador Leopoldo I.
El General Dumont.
Enrique, Teniente.
Ricardo, Alférez.
El Mariscal Robinson.
El Sargento Mayor Casterbik.
Atul, Ayudante.

Carlos, Capitan Francés.
Roberto, Pescador.
Jorge Pisano.
Madama Marilde, Madre de
Ysabela, Dama.
El Sargento String.
Capitanes, y Soldados.

La Scena se representa en las inmediaciones de Landau, cuya Plaza, que ocupan los Franceses, tienen sitiada los Alemanes.

ACTO I.

El Teatro representa un Salon corto de la casa de Roberto, pobre Pescador, que está en Brusting, inmediato lugar al Exercito Aleman, que tiene puesto Sitio à Landau, ocupado de los Franceses. La Scena estará à obscuras, por ser antes de amanecer, à un lado habrá algunas redes, y otros instrumentos de pescar. Silla pobre en el medio. Mesa à un lado, y sobre ella una espada. Sale Marilde con traje humilde y una vela encendida en un candelero de barro, que pone sobre la mesa, y diciendo los primeros versos, pasa à la silla, y se deja caer en ella con desaliento, acreditando sus acciones el profundo sentimiento que ocupa su corazon. A vezes suspira lentamente, otras levanta los ojos al Cielo, y otras recoge en el pañuelo las lagrimas que vierte; en cuya lastimosa situacion subsistirá un momento sin hablar. Rompe su silencio un melancolico suspiro, y llena del mismo dolor sigue representando.

Mad. V. Algame Dios! La afliccion
que eternamente padezco,

maltrata à mi corazon,
camina à la silla y se sienta.

A

ufur-

usurpandome el sosiego!
 Ay infelice Matilde!
 à ser lastimoso objeto
 de las desdichas naciste,
 sin que halles jamás remedio!
 Ah mi amado Robinson!

Se levanta como fuera de fi.
 dulce Esposo! Mis agentos
 escucha. Atiende à tu Esposa,
 y à tu hija Isabela: :- Pero
 con quien hablo? Al viento doy
 quejas, y las lleva el viento.

*Vuelve à ocupar la silla con el mismo dolor
 y sale Roberto.*

Rob. Madama Matilde; ¿aun antes
 que del dia los reflejos
 nos alumbren, el descanso
 dejais con llanto?

Mad. Ay Roberto!
 Quien como yo nació para
 padecer, con el tormento
 se halla tan bien, que descansa
 mientras está padeciendo.

Rob. Esa es gran temeridad,
 y à Dios con ella ofendemos.

Mad. Pero mi situacion: :-

Rob. Es

muy infeliz: lo confieso;
 mas de las adversidades
 debemos sacar provechos
 con nuestra resignacion;
 fino, todo lo perdemos.
 Dios, aquel gran Dios, à quien
 nada hai oculto en el seno
 de nuestro corazon, sabe
 con que amor, con quanto afecto
 procuro que mi sudor
 produzca vuestro sustento.

Quando entro con mi Barquilla
 al mar, levanto à los Cielos
 la vista y el corazon,
 y les digo, en nombre vuestro
 mis redes arrojo al agua;
 y en vuestra clemencia espero
 que me habeis de dar copiosa
 pesca, porque el alimento
 no falte à mis pobres Amas,
 à las que tanto amor tengo

Con esta suplica humilde
 y sincera, en el momento
 que à tierra las redes saco,
 tanta multitud advierto
 de pececillos incautos,
 que al paso que saltan ellos
 de pena, por contemplarse
 fuera del nativo centro,
 salto yo de gozo, al ver
 conseguidos mis deseos;
 pues vendiendolos, produce
 nuestro decente alimento.
 Y tan grandes beneficios
 de Dios, no agradeceremos!
 Vamos, levantad, Madama: *La levanta.*
 Yo os enjugaré esos tiernos
 raudales, que vuestros ojos
 arrojan. Ved que no quiero
 que à la preciosa Isabela,
 vuestra hija, la deis tormento
 si advierte vuestra afliccion;
 su bondad sabeis; y en viendo
 que estais triste, ella se pone
 temblando de sentimiento.
 Que virtud la suya! Enrique
 el Teniente la ama; y creo
 que si à unirlos llega el Santo
 Matrimonio, será extremo
 el gozo de ambos, porque
 me parece que nacieron
 uno para otro, segun
 sus iguales sentimientos.

Mad. Solamente esa esperanza
 dá algun descanso à mi pecho;
 pues las virtudes de Enrique,
 que harán dichosa contemplo
 à mi hija Isabela. Oh, si
 en mi infeliz casamiento
 hubiera tenido yo
 las dichas que en este espero!
 Ah, Robinson mio!

Rob. Vaya,
 Madama; por Dios os ruego
 que abandoneis al olvido
 esa pena. Ya ha lo menos
 diez y seis años que ansiosos
 buscamos por todo el Reyno
 de Alemania à Robinson

vuel-

Nuestro Esposo, y sin efecto.

Ya no nos queda que hacer diligencia. El casamiento

de Isabela con Enrique dará à estas penas consuelos.

Luego que concluya el sitio

que à Landau le tienen puesto nuestras armas, cuya Plaza

defienden con tanto extremo

de constancia los Franceses,

serán en dulce himeneo

estos amantes, Esposos;

y con este lazo tierno,

seremos todos felices.

Mad. Ay Dios! Y quando será eso!

Rob. Que quando será, Señora?

dentro de muy poco tiempo

Mad. Ya ha dos años que se dice

lo mismo, mas no lo vemos.

Rob. No, Madama; ahora se sabe

que no tienen alimento

los Sitiados para un mes;

que los mas se hallan enfermos;

y están nuestros Alemanes

para rendirla resueltos;

y aun à nuestro Emperador

el Gran Leopoldo Primero

dicen que de instante à instante

esperan; y si esto es cierto,

aun mas presto que pensamos

se acabará el Sitio.

Tocan lejos tambores y Pifanos à Misa.

Mad. El Cielo

lo permita. Pero ya

llaman à Misa estos ecos;

porque nuestro General,

es tan Christiano y tan bueno;

que los que à entrar van de Guardia,

(que se hace en amaneciendo)

quiere que antes oigan Misa.

Tambien voy à oirla, supuesto

que la vecina Leonora

vá siempre conmigo.

Rob. Y luego

iré yo; porque el trabajo

del dia no será bueno,

si antes à Dios no se rinden

en la Misa los respetos

y adoraciones.

Mad. A Dios.

La puerta abierta la dejo.

Rob. No importa: Casa de un pobre

está libre de los riesgos

que producen los que ansiosos

buscan los bienes ajenos;

su misma miseria sabe

Viendo salir à Isabela.

guardarla. Pero que veo!

Ya Isabela levantada?

Señorita, como es esto?

Pues porque el dulce reposo

y el lecho dejais tan presto?

Isab. Ay Roberto! Mal descansé

quien entregada à un perpetuo

dolor se le representa

con eficacia aun el sueño!

¿Como quieres que descansé

mi corazón?

Rob. Ya os entiendo;

en acordaros de Enrique

se os quita el sueño. No es cierto?

Isab. No es cierto, Roberto. Yo

que le estimo no te niego,

pues le miro como à Esposo,

como à mi amante, y mi dueño.

Mas dime, ¿no hago en amarle

muy bien? Sus merecimientos,

su corazón generoso

no merecen mis afectos?

Dime por Dios lo que sientes.

Rob. Lo que siento? Pues confieso

que fino le amarais, fuera

no tener entendimiento.

Isab. Pues con tanto como le amo,

no es quien me quita el sosiego.

Rob. No es él? Pues que es otro?

Isab. Es otro...

Rob. Que decis?

Isab. Que es otro acerbo

cuidado, el que despedaza

mi corazón!

Rob. No os entiendo.

Isab. No me entendéis? ¿Quantas veces

me habeis ofrecido (ah Cielo!)

declararme de mi Madre

los reconditos sucesos,

y decirme claramente
quien es à quien el ser debo?

Rob. Decis bien : Y ese cuidado
os mortifica?

Isab. En extremo!
Pero donde está mi Madre?

Rob. A Misa fué.

Isab. Pues yo os ruego
que en esta ocasion rompáis

aquel profundo silencio,
que tantas por mi buscadas
os impidió los acentos.

Decidme quien es mi Madre;
quien mi Padre ; y que secreto,
ò extraño motivo pudo
quitarme de conocerlo,
y traernos llenos de angustias
por tan diferentes Pueblos.

Rob. En otra acasion...

Isab. Ay Dios!

Con mis lagrimas espero
conseguirlo.

Rob. Ellas me obligan
à cumplir vuestros deseos.
A vuestra Alma prevenid
de terneza y sufrimiento
para escuchar ciertas dichas
y tambien pesares ciertos.

Isab. A mi pecho hecho à sentir,
nada se le hará de nuevo.

Rob. Pues oid.

Isab. Pendiente está
mi alma de vuestro acento.

Rob. Vuestra Madre nació en Vvormes;
fué su Padre , y vuestro Abuelo,

Deteniendose con llanto.

el Baron de Sutefort.

Isab. Que me decis? *Con extrema alegria.*

Rob. Lo que es cierto.

Vuestro ilustre y generoso
Abuelo, desde pequeño
me crió en su Casa ; mas,
con que regalo y afecto!

Que buen Señor ! Que buen amo!

Anegado en llanto.

Madama , seguir no puedo!

Isab. Roberto , alentaos por Dios
y proseguid.

Rob. Lo pretendo;
mas entorpece á mis labios
el dolor.

Isab. Pero à lo menos,
no sabré quien fué mi Padre?

Rob. Lo sabreis : El Padre vuestro
fué... el Capitan Robinson.

Isab. Ay Dios ! Mi gozo es extremo!
Como fuera de si de gozo.

Mi Padre fué Capitan?
Y murió?

Rob. No lo sabemos;
porque hace diez y seis años
(que es vuestra edad) que el anelo
de vuestra Madre y el mio
le buscan , mas sin efecto!

Dos años hace venimos,
por este motivo mesmo,

al Sitio que nuestras armas
à Landau le tienen puesto.

El Theniente Enrrique aquí
pudo conseguir el veros;

al punto se enamoró
de vuestros merecimientos;

y sin que le contuviese
la miseria en que nos vemos,

ni saber quien sois , llevado
de un amor noble y sincero;

ofreció ser vuestro Esposo
con solemnes juramentos;

y apenas el Sitio acabe,
lo cumplirá ; pues es cierto

que es el Joven Aleman
mas honrado del Imperio.

No puedo deciros mas:

Vamos , vamos allá dentro,
y compondremos mis redes; *Las toma.*

pues despues de oír Misa , quiero
ir à mi amado trabajo.

Venid , mas guardad secreto
en lo que os he dicho ; pues

ni aun Madama ha de entenderlo,
Pobre muchacha ! Ya sabe *Aparte.*

quien son sus Padres lo menos. *Vase.*

Isab. Valgame Dios ; Que el Baron
de Sutefort fué mi Abuelo,
y el Capitan Robinson
mi Padre ! De gozo tiemblo!

Ya

Ya no soy infeliz , no;
 pues si conozco y advierto
 que ha sido illustre mi cuna;
 es dicha mi abatimiento.
 Ay Enrique mio ! Quando
 sepas... Pero no ; el silencio
 esta noticia sepulte,
 hasta que con fundamento
 sepa la razon de estar
 en estado tan aduerso
 mi Madre ; porque à mi Padre
 busca ; y porque en tal extremo
 de abandono la dejó
 este ; porque , ¿que sabemos
 lo que à todo esto dió causa?
 Mas pues ya duda no tengo
 en que illustres son mis Padres,
 paraque mas dichas quiero?
 Por tan amables noticias,
 buen Dios , de piedades lleno
 mi rendido corazon,
 fer, vida y alma os ofrezco. *Vase.*

*Salen Ricardo Alferez , y Jorge Pifano
 como recelándose.*

Ric. Por fin , Jorge , se han lograda
 mis amorosos deseos,
 pues la puerta la encontramos
 abierta ; mas pisa quedo
 para ver si de esta dicha
 otra nace que apetezco.

Jorg. Ya veis , mi Alferez , soy hombre
 que cumplo lo que prometo,
 y que aun que Pifano , siempre
 como hombre de honor procedo;
 Mas vamos claros : ¿Sabeis,
 que si llega à saber esto
 el Theniente Enrique , à palos
 me hará mudar el pellejo?

Ric. No temas.

Jorg. Sabeis que él es
 de la Isábel cortejo,
 y que como yo le asisto
 sé lo que hace malo y bueno?

Ric. Bien lo sé

Jorg. Sabeis , que estamos
 de Guardia?

Ric. Pues quien duda eso?

Jorg. Y en la abanzada?

Ric. Es así.

Jorg. Sabeis que el Teniente nuestro
 manda la Guardia , porque
 el Capitan está enfermo,
 y que en el servicio aquel
 es tan exacto y tan recto
 que no dejará la Guardia
 aunque le valiera un Reyno;
 por cuya razon aqui
 hemos venido?

Ric. Eso es cierto.

Jorg. Y sabeis que abandonar
 la Guardia , como hemos hecho
 nosotros , y en la Campaña,
 es delito el mas horrendo?

Ric. Quieres que lo ignore Jorge?

Jorg. Pues no os digo mas , supuesto
 sabeis nos levantarán
 las tapas de nuestros sesos
 à balazos, si el Teniente
 nos echa un instante menos,
 y da parte al General,
 y mas si sabe que habemos
 venido à ver à Isábel.

Ric. Contemplando yo todo eso,
 ya dejé bien prevenido
 por lo que ocurra , al Sargento;
 y este sabrá disculparme
 con Enrique.

Jorg. Así lo creo.

Pero sabe que yo vine
 con Usted?

Ric. No.

Jorg. Eso está bueno;
 y quien me disculpará
 à mi?

Ric. Yo: pierde el recelo,
 que antes que al romper el día
 toquen , nos habremos vuelto.

Jorg. Pero que pretende Usted
 con Isábel?

Ric. Pretendo
 hacerla ver , que en las llamas
 de su hermosura me enciendo

Jorg. Pero si ella en las de Enrique
 se abrasa , ¿podrá otro fuego
 ni aun hacerla se chamusque,
 aunque en el ponga los dedos?

Tal

Ric. Tal vez llegue à conseguirlo,
si logro mis pensamientos.
Pero ella viene : à la puerta
espera.

Jorg. Mas salid presto,
que un Pifano de mi fama
morir de un balazo, es cuento. *Vase.*

Ricardo se retira al bastidor, y Sale
Isabela.

Isab. Valgame Dios! Mi alegría
no cabe dentro del pecho
con las noticias amables
que le he debido à Roberto!
Mas quien està aqui? *Viendo salir à Ric.*

Ric. Preciosa *Ella se sorprende.*
Isabela, pierde el miedo;
depon el temor. Acafo
no me conoces?

Isab. Ya veo
que sois Ricardo, el Alférez
de Enrique; mas confidero,
que à estas horas en mi Casa
encontraròs, no es bien hecho.

Ric. Ni malo tampoco. Halló
la puerta abierta el deseo
con que esta ocasion buscaba,
y entré.

Isab. Y á que?

Ric. A que el fuego
que tu belleza ha causado
en mi corazon tan tierno,
no te lo han dicho mis ojos
varias veces? Yo bien creo
que mi Teniente merece
correspondencia en tu afecto;
mas te amo que él; y lo que él
logra, conseguir yo espero.

Isab. Ese modo tan audáz,
tan atrevido y grosero,
(Dios mio, temolando estoy:)
ni le escucho, ni le entiendo.
Salid de mi casa al punto,
ò llamaré...,

Ric. Espera. Siento
que así te irrites; mas ya
que tan propicio contemplo
al destino, que me ofrece
esta ocasion, yo no puedo

dejar de hacer, que util sea
al bolcan en que me enciendo.

Y así, permite

*Se dirige à ella, la ase de un brazo con
violencia: ella se desprende con sobre-
salto, y Sale Roberto.*

Isab. Traydor,
que quieres hacer?

Rob. Que es esto?

Pero que miro? El Alférez *aparte.*
Ricardo aqui?

Isab. Ah, justos Cielos? *Temblando.*

Rob. Que es esto, Isabela?

Isab. Ay Dios!

Con mi sorpresa no a cierto
à mover mi labio!

Rob. Hablad:

no remais: cobrad aliento;
pues à vuestra vista estoy:

Isab. El Alférez desatento,
que halló nuestra puerta abierta,
entró aqui, y quiso...

Rob. Lo entiendo,
pues mas que vuestra expresion,
lo dice ese sentimiento.
Señor Alférez, y ¿es propio
del decoro y del respo
de ese trage, proceder
con tan grande atrevimiento
en una casa de honor,
como es esta?

Ric. Vete luego
de aqui, que à hombres como tu,
no debo satisfacerlos.

Rob. Que esirme, quando reparo
vuestra torpeza y exceso?
Si la humanidad me manda
que sacrifique mi aliento
por defender la inocencia;
y la de Isabela aduerto
aqui por vos perseguida;
¿comoirme y dejarla puedo?

Ric. Me conoces, vil? No sabes
soy un Alférez?

Rob. Lo veo,
y os conozco bien: mas creed
que el llamarme vil, adviert o
os hace mas vil à vos.

Que

Isab. Que os váiais por Dios os ruego!

Ric. Como me he de ir, sin dar antes justo castigo à este viejo con la espada?

La saca y Isabela le detiene.

Isab. Que haceis? Madre!

Rob. Callad, que aqui yo otra tengo, y emplearla sabré.

Toma la espada que estaba sobre la mesa y se presenta à Ricardo.

Ric. A mis iras, infame, muere.

Embiste à Roberto y se batien.

Isab. Roberto...

Señor Ricardo... Por Dios...

Roberto desarma à Ricardo, le pone su espada al pecho, y este se queda suspenso.

Rob. No os movais, ò vuestro pecho será de esta espada vaina.

Mirad como el justo Cielo à la inocencia protege!

Vil me llamasteis: y es cierto

que si lo fuera, os quitara

la vida: mas yo procedo

como proceden los hombres

que tienen buen nacimiento.

Cobrad la espada, y marchad;

pero primero os advierto

que un Alferez contra un hombre,

solo es un hombre. Idos presto.

Ric. Corrido estoy! Que un villano Aparte me haya así rendido! Ah Cielos!

Levanta la espada.

Mas ya que me hallo otra vez

con la espada, sabré... Pero

Al ir à acometer à Roberto tocan lejos

Tambores, y Pisanos al alboreada, y Ricardo se suspende sobresaltado.

al romper el día tocan!

Si acaso me ha echado menos

el Teniente soy perdido!

Correré por ver si puedo

à tiempo llegar! Me voy; à Roberto.

mas castigarte prometo!

A Dios, ingrata, que has sido à Isabela causa de mi menoscupio. *Vase.*

Rob. Cobraos, amada Isabela.

Isab. Ah, generoso Roberto!

A no haber sido por vos...

Rob. Por mi? No Señora. El Cielo que dió el impulso á este brazo supo inspirarle el esfuerzo.

Isab. Temblando estoy! Sabrá Enrique.

Rob. Que ha de saber? Nada de eso.

Estos casos, del que debe

ser vuestro Esposo el silencio

se ha de guardar siempre, pues

lo contrario era fomento

ó para perderse Enrique,

ó tal vez para perderos.

Alumbradme, cerraré

la puerta; que ahora contemplo

que en la Casa pobre, y mas

con una belleza, hai riesgo

mas grande en dejarla abierta,

que la que guarda el dinero.

Isab. Aun el temor me combate!

Rob. Venid, que piadoso el Cielo nos ampara.

Isab. Sus bondades...

Rob. Y sus benditos eses...

Los dos Den à nuestros corazones

gusto, paz, dicha y consuelo.

Se entran llevando Isabela la luz. Selva

corta, con la Tienda de Campaña de Enrique.

En ella una centinela paseandose

lentamente. Salen el Sargento y tres Sol-

dados haciendo uno de Cabo; el qual

mudará la centinela, y se va con los demas.

Sarg. Mude usted, Cabo de Esquadra, las centinelas.

Cab. Lo mesmo

iba, mi Sargento, ha hacer,

figan ustedes. *Muda la centinela y vase.*

Sarg. No puedo *Aparte*

sosegar porque el Alferez

no parece, y yo no debo

disculparle, si el Teniente

sale, y le llega á echar menos.

Tambien el Pifano falta.

Ya sale el Teniente. Tiemblo

Sale Enrique por la Tienda.

al descubrir un delito

tan grande!

Enr. Señor Sargento,

ha habido en la Guardia alguna novedad?

Sarg. Aun no le veo!

Aparte con mucho sobresalto.

Mi Teniente, no ha ocurrido otra cosa que...

Enr. Que es eso?

Está usted sobresaltado.

Sarg. Mi Teniente.. Yo no puedo *Aparte.* ocultar este delito,

ó en el tambien me hago reo.

Enr. Que dice usted?

Sarg. Que el Alferez

Ricardo, ya ha mucho tiempo que la Guardia abandonó.

Enr. El Alferez? Y no ha vuelto?

Sarg. No Señor

Enr. Se ha echo acrehedor à la ultima pena!

Sarg. Es cierto.

Tambien el Pifano falta.

Enr. Ay mayor atrevimiento!

Quien lo sabe mas que usted?

Sarg. Nadie.

Enr. Muy bien : lo celebro.

Si antes de mudar la Guardia, que por fuerza ha de ser presto, vuelven, parte no daré: mas si tardan no hai remedio.

Hablan aparte Enrique y el Sargento, y salen al bastidor Ricardo, y Jorge.

Jorg. Yo estoy temblando, mi Alferez, porque ya falta hemos hecho por detenerse usted tanto.

Si ha dado parte el Sargento à nuestro Teniente, y este al General, ya podemos en remojo echarnos.

Ric. Calla;

porque al Teniente alli advierto, que con el Sargento está. Interin yo llevo à ellos, vé tu por el otro lado al Cuerpo de Guardia; pero no digas fuisse conmigo.

Jorg: Lo haré sino hubiese riesgo en que perezca mi vida: mas si le hai no podré hacerlo;

porque en diciendo que usted ir me mandó, quedo absuelto; pues no yerra si obedece à su Gefe el subalterno. *Vase,*

Sale Ricardo.

Ric. Buenos dias, mi Teniente.

Enr. Tengalos usted muy buenos, *muy serio.* Señor Alferez. Usted *Al Sargento.* haga esté todo dispuesto para entregar nuestra Guardia.

Ric. Nada sabe.

Aparte.

Sarg. Os obedezco.

Enr. Si el Pifano antes volviese, avise usted al momento.

Sarg. Bien está

Vase.

Ric. Todo lo sabe!

Aparte.

Pero quien creará que siendo tan criminal mi delito, es mucho mas lo que siento no haber dado muerte à aquel vil pescador!

Enr. Yo refuelvo

Aparte.

no dar parte; pero haré que les sirva de escarmiento; al Pifano castigando, y al Alferez reprehendiendo. Diga usted, Señor Alferez, quanto ha que sirve?

Ric. Lo menos doce años,

Enr. Pues yo me admiro de que no haya tanto tiempo podido enseñar à usted su obligacion.

Ric. Ya comprendo lo dice usted porque..

Enr. Porque

no lo sabe. Y me averguenzo de que sea Alferez mio, quien mira con tal desprecio como usted al Real servicio. Hallarse de Guardia, siendo en la abanzada, à la vista del enemigo sangriento, y la guardia abandonar? Este delito, este exceso tan enorme, sabe usted que le hace de muerte reo

por

por la ordenanza ? Que rienda
podrán tener con su exemplo
los Soldados ? Si à usted miran
que quebranta los preceptos
militares de ese modo,
como han de observarlos ellos?
Este crimen le hace digno
de perder la vida ; pero
yo que debiera dar parte,
lo omito ; bien sé que en esto
á mi obligacion tambien
falta ; mas este defecto
la humanidad me le inspira,
y de ella arrastrarme dejo.
Cumplid en lo sucesivo
como es justo ; pues si advierto
igual falta otra vez ; crea
que será su fin funesto.

*Salen el Sargento y Jorge detras, haciendo
muchos extremos de temor.*

Sarg. Aquí el Pifano está ya.

Enr. Que llegue

Jorg. Ya à vos me llego ;
no me sufrireis.

Enr. Porque ?

Jorg. Porque tanto temor tengo,
que él ha hecho que en mis calzones,
una obra mala haya hecho.

Enr. Tu abandonar te atreviste
la Guardia ?

Jorg. Yo lo confieso ;
mi Teniente ; mas... *Hablad, ap à Ric.*
ó hablaré yo.

Enr. En el momento
haga usted que se le den
cincuenta palos bien recios.

Sarg. Se hará así.

Jorg. Cincuenta palos ?
Solo de escucharlo tiemblo !

Disculpeme usted, mi Alférez. à el ap.

Ric. Calla.

Jorg. ¿Que calle ? Esto es bueno *Aparte.*
quando con cincuenta palos
me harán mudar el pellejo.

Enr. Llévadle de aquí.

Sarg. Venid. *Ascendole.*

Jorg. Mi Teniente, por aquellos *Derodillas*
Martires soldados, que

à garrotazos murieron,
que os compadazcáis de mi.

Enr. Llévele usted.

Sarg. Venid presto.

Jorg. Mi Alférez, ved... *Lleandole*

Ric. Ves, que yo
me quedo aquí à componerlo.

Jorg. Si antes me dan los cincuenta
me dejarán bien compuesto.

Se le lleva el Sargento.

Ric. Tanto vuestra reprehension,
mi Teniente, os agradezco,
que ofrezco en lo sucesivo
dejar mi honor satisfecho.

Y es verdad, pues buscaré *Aparte.*
quantos arbitrios y medios
pueda por vengarme de él,
y del pescador Roberto.

Enr. Que os sirvan mis advertencias
es solo lo que deseo,
Señor Ricardo. *Isabela, Aparte.*
como eres el dulce centro
à quien mi alma adora, todo
sin tu presencia es tormento.

Tocan algo lejos marcha Tamb. y Pifanos

Ya à mudarnos vienen : Vamos.

Permitid, oh justos Cielos !

que este sitio acabe pronto,

paraque en dulce himeneo

configure con mi Isabela

ternezas, dichas y obsequios

Ric. A meditar mi venganza
desde este instante comienzo *Vanse.*

*Selva larga contiendas de campaña à uno
y otro lado; una superior à todas à la iz-
quierda que es la del General. En el foro
se ve à la derecha la Ciudad de Landan,
rodeada de murallas y sobre estas centine-
las à distancia proporcionada. Al lado iz-
quierdo se verán los ataques, trincheras y
parapetos de los sitiadores Alemanes. Por
la tienda del General sale este con algunos,
que se suponen Capitanes, el Sargen-
to Mayor y el Ayudante. Algu-
nos soldados representan la
guardia del General.*

Ayud. Estos, Señor son los partes

Le dá algunos papeles.

B

de

de las Guardias. Por extenso lo que esta noche ha ocurrido à Vucencia expresan.

Gen. Lleno *Despues de haber leído* estoy cada vez de mas admiracion, conociendo la situacion infeliz en que á los sitiados vemos, y la gloriosa defensa que haciendo están. Considero, que es la desesperacion la que los anima; y esto hace que cada Francés sea un Scipion, y un Ector.

May. Asi es, Señor.

Ayud. Pero ya rendirla es credito nuestro.

Gen. Dice usted bien, Ayudante: Nuestro Emperador excelsio en rendirla se ha empeñado; y las voces que corrieron de que á este sitio venia su augusta persona, espero que tal vez dentro de poco acreditadas veremos

May. ¿Nuestro Emperador vendrá?

Gen. Si, Señor Mayor, y quiero que con el mayor cuidado todo el Campo esté dispuesto. Vamos á reconocer ataques, y parapetos, porque tal vez será fuerza que oy mismo el asalto demos.

Se van de espacio, y antes de ocultarse salen al bastidor Ricardo y Jorge.

Ric. Espera que el General, con el Mayor, y con nuestros Capitanes alli van.

Ya no nos ven; y podemos eso que me has empezado á contar concluir.

Jorg. Prometo, que el Teniente ha de acordarse de los palos que me dieron. Pues si Señor; mi Teniente, quando el caso que os refiero sucedió, que habia ocho dias sobre poco mas ó menos

de Guardia fué à la abanzada sin tocarle; pues para ello con el que ir debia pudo conseguir cambiarla; y luego que sin tinieblas la noche arrojó, vi que Roberto á verle fué.

Ric. ¿El pescador?

Jorg. Si Señor; y con secreto que no penetré, los dos hablaron bastante tiempo. Fuese Roberto; y despues nuestro Teniente fingiendo que iba à ver las centinelas, se alargó bastante trecho de la Guardia, acia la que fuera de los muros, nuestro enemigo tiene, y llaman la de las dos minas. Dentro de media hora poco mas á la Guardia volvió inquieto con el tal Capitan Carlos, que es sobrino segun pienso del Gobernador Francés, que en Landau manda.

Ric. ¿Que advierto!

¿A Carlos trajo consigo?

Jorg. Si Señor; no hay duda en ellos; le pude ver al entrar, y como visto le tengo tantas veces, que ha venido à tratar la paz con nuestro General, le conocí.

Y aun la ultima vez me acuerdo que el Teniente le trató con arrogancia y desprecio.

Ric. Asi fué, pero seria eso entre los dos convenio, para mas bien encubrir su traicion.

Jorg. Y lo compruebo con lo que falta. Los dos en el quarto se metieron del Teniente al punto, y la puerta cerraron por dentro. Mas de dos horas alli estuvieron. Su silencio fué tal, que à la cerradura

apliqué mi oído, pero
ni una voz pude escuchar.
En fin pasado este tiempo
salieron, y Enrique fué
con él, mas volviose presto.

Yo de todo esto juzgué
muy mal, y mi pensamiento
lo llegué à justificar;
porque antes de ayer le dieron
un pliego à Enrique los que
à parlamentar vinieron
de la Plaza; le leíó
y guardó: mas presumiendo
yo que esta correspondencia
nada tenia de bueno,
ví se le entró en el bolsillo,
y à la noche con secreto
se le saqué, y le leí;
y aunque es torpe mi talento
para estas cosas, hallé
que lo que pensé era cierto.

Ric. ¿Y ese pliego donde está?

Jorg. ¿Que donde está? Aqui le tengo
guardado como si fuera
una alaja de gran precio. *Le saca.*
Vedle.

Ric. Mi alegría es tanta *aparte.*
que apenas á leer acierto.

Lee. Mi Amigo y Señor Enrique,
à los favores que os debo
viviré reconocido
eternamente. Yo espero
me cumplais vuestra palabra,
sepultando en el silencio
lo que me jurasteis, hasta
que llegue el propicio tiempo
para que en él los Franceses
sepan les daiis lucimiento,
y agradecer puedan siempre
vuestro honor y vuestro esfuerso.
Vuestro fiel amigo = Carlos.
Oy veinte de Julio. ¡Cielos, *aparte.*
llegó mi venganza! Jorge,
esta carta y con secreto
haber traído hasta su Guardia
al Capitan Francés cierto
hacen de Enrique el delito.
El inhumano, el perverso

al enemigo intentaba
entregarnos.

Jorg. Yo lo creo.

Ric. Y de todo esto sin duda
serà complice Roberto
el Pescador. ¿No es verdad?

Jorg. Por Dios que ahora caigo en ello:
complice es.

Ric. Así es preciso
lo digas con juramento.

Jorg. Lo diré como sospecha,
mas como verdad no puedo.

Ric. ¿Porque?

Jorg. Porque no lo sé.

Ric. Pues lo has de hacer sin remedio,
ò experimentar mis iras.

Jorg. ¿Iras? No: Yo ofrezco hacerlo.
Pero nuestro General,
y demás gentes advierto
que aqui se acercan.

Ric. Pues vete.

que yo te informaré luego
de todo. Pero cuidado,
que sepas guardar secreto.

Jorg. Para eso no tengo igual,
callaré mejor que un muerto.

Mi Teniente con los palos

à echado un lance muy bueno. *Vase*

Salen el General, el Mayor, Ayudante, y
Capitanes.

Gen. Todo está como mandé.

Y los soldados comprehendo
que abanzarán á Landau,
toda su sangre vertiendo.

May. Si Señor: Pero el pillage
debe darfeles.

Gen. Lo ofrezco.

Ric. Señor, la mas importante
noticia que daros tengo,
y en la que pende que viva
todo el exercito nuestro,
del Rey el honor, el bien
de nuestra Patria, y el vuestro:

Gen. ¿Que dice usted?

Ric. La verdad.

May. Confuso y turbado quedo
con la expresion del Alferéz.

Ayud. ¿Cielos, que podrá ser esto?

Ric. En nuestro exercito hay oy un traydor encubierto que le pretende vender al Francés. Para su efecto en la abanzada una noche tuvo con grande secreto una larga conferencia con Carlos, por cuyo medio la traicion se intenta. Hay quien le ha visto: hay instrumentos que lo justifican; y hay quien sabe que un tal Roberto, de exercicio pescador cuya casa con extremo el traidor Señor frequenta, sabe todos los conciertos abominables, y horribles que se hacen para vendernos.

Gen. ¿Y quien es ese traidor?

Pues si falta (vive el Cielo) verdugo que le castige, yo mismo llegaré à ferlo.

Todos. Decid quien es ese infame.

Ric. Mi Teniente Enrique.

Gen. Cielos!

Enrique? Ese ilustre joven de tanto valor?

Ric. El mismo.

May. ¿El Teniente Enrique?

Ric. Ese.

Ayud. Puede ser, mas no lo creo.

Gen. ¿Y con Carlos Capitan

Francés trata esos intentos tan viles Enrique?

Ric. Asi

es, Señor.

Gen. Pues yo me acuerdo

que la ultima vez que vino Carlos à exponerme aquellos partidos para la paz, que desprecié por violentos, le trató Enrique de modo que à no ser por mi respeto, y mi autoridad hubiera hecho con él un exceso.

Ric. Para ocultar la traicion eso los dos dispusieron.

Gen. Puede ser; pero ese joven

siempre fué honrado en extremos, y nuestro Rey le ama mucho, porque en el pasado encuentro con los Franceses, le dió la vida; pues prisionero le llevaban, y su brazo un corto esquadron rompiendo, à costa de cinco heridas, en cabeza, espalda y pecho le arrebató de sus manos, y su nombre le hizo eterno.

Ric. Pues ese propio, Señor,

es un traidor. Y os ofrezco ò justificarlo, ò perder mi cabeza. Entrego en esta Carta à Vucencia la cabeza del proceso.

Gen. Valgame Dios! Claramente

Despues de haber leído.

el crimen horrible advierto de Enrique! Señor Mayor, le da la carta forme usted la causa luego como en campaña se estila.

Ayudante, en el momento prended al Teniente Enrique y al pescador. ¡Cruel tormento!

Ayud. En el instante, Señor, cumpliré vuestros preceptos. *Vase.*

May. Aunque quiero mucho à Enrique, amorà si le hallo reo.

Gen. Vaya usted y los testigos examine.

May. Ya obedezco à Vucencia.

Gen. Y en tanto dolor...

May. En tanto tormento...

Ric. Y en tanta alegria...

Los 3. Dadme

luz y favor, justo Cielo. *Vanse.*

Salon pobre de Roberto: sale Isabela con labor, se sienta en la silla y cose.

Isab. Amado Enrique mio,

à quien mi fiel terneza ama, adora, idolatra, amante, fina, cariñosa y tierna; Quando será aquel dia en que tu Esposa sea,

paraque nuestras almas
el casto fuego de himineo enciendan.
¡Que amor tan fiel el tuyo!
Mi situacion funesta,
y no saber mi origen
debiendole apagar mas le acrecientan.
Pero ya tarda: Ya
le habrán mudado: espera,
corazon fatigado,
no te consuma así lo que deseas.
Mas el traidor Alferéz....

Pero porque me acuerdas,
memoria mia, tanta
amargura si en tantas dichas pienas!
¡Valgame Dios! El sueño
con dulzura me cerca,
y embriaga mis sentidos,
aunq en mi Enrique ocupó mis potencias.

Quedase dormida, y sale Enrique.

Enr. Entregué la Guardia; fuí...
en el instante á mi tienda,
y ansioso vengo por ver
á mi adorada Isábel.
La llamaré que allá dentro
estará... ¡Pero no es ella!
Si: Dormida está: ¡y que hermosa!
Zéfiro suave, suspenas
tus rapideces no estén
porque á tu dulzura duerma
con mas gusto. Llegaré
despacio. ¡Ay Dios! Que belleza!
Hermoso encanto del alma,
dulce hechizo del sentido,
que te entregas al olvido
dejando mi vida en calma:
¡Como si tienes la palma
entre humanas hermosuras
no quitas las luces puras
quando alma son sus despojos
de ese fuego de tus ojos
dejando así al mundo á obscuras!
Venus, deidad poderosa
de la hermosura se vé;
despierta tu que en mi fé
eres deidad mas hermosa:
Pero aunque tu luz preciosa
ocultas, yo bien advierto
que no es proceder incierto,

pues si oculta no la hallara
al punto que le mirara
ò quedara ciego ò muerto.
Quien registra al Sol el fuego
quando vibra rayos rojos
un lienzo aplica á los ojos
para no mirarle ciego.
Tu te entregas al sosiego,
y de este peligro cierta
vendas á tu luz la puerta,
para no causar la herida,
siendo Cupido dormida
y mas que Venus despierta.

Isab. Quien.... ¡Enrique mio!

Despierta y se levanta precipitadamente.

Enr. Tuyo

me llamas? Con tal terneza

hechizas mi corazon,

dulce dueño, y me embelesas.

Tuyo soy, tuyo seré

y de Enrique es...

Sale Mad. ¡Isábel!

Isab. ¡Ah madre y Señora mia!

¡Que me mandais? Mi obediencia

mi amor, mi respeto, todo

en serviros se interesa.

Mad. Celebro estés tan alegre.

Isab. ¡Puedo yo tener tristeza

á vuestros ojos, Señora?

Mad. No: pero parece aumentas

en viendo al Señor Enrique

tus gustos y complacencias.

Isab. Madre mia, no lo niego.

Su vista á mi alma deleita.

Enr. Señora, dejad que bese

sus pies por tantas finezas.

Mad. Alzad, Señor: vos tambien

cometeis esa demencia?

Isab. Dicen que si amor no es loco

es no quererle de veras,

madre mia.

Mad. Y tu te atreves...

Sale Rob. Mis redes ya están compuestas

Con las redes.

y voy... ¡Mas Señor Enrique?

Enr. Amado Roberto, llega,

dame un abrazo.

Rob. Y el alma

os diera si mia fuera.

Isab. Si quisiera darle el alma *aparte.*

Roberto, si le quisiera
como yo ; que le daria?

Rob. Señorita, estais suspensa:
;Que teneis?

Isab. Mi Madre... Cielos!

Rob. ;Os ha reñido? Paciencia:
en siendo Esposa de Enrique
os hallareis mas contenta.

Isab. Yo lo creo. *aparte.*

Mad. Que eso digas,
Roberto?

Rob. Pues hago ofensa
à nadie?

Isab. Bien dice.

Mad. A Enrique.

Enr. A mi antes me deleita.

Mad. Señor Enrique, escuchadme.

Aunque por vuestras ofertas,

estais prometido Esposo

de mi hija, haceros quisiera

unos cargos que tal vez

si à reflexionarlos llega

vuestra razon, hallareis

que en vuestro bien se interesan.

Mirad: vuestro estado, vuestro

nacimiento, vuestra buena

reputacion, que os adquiere

tanta fama, son tan ciertas

felicidades que muchos

Príncipes carecen de ellas.

Con estas prerrogativas,

y las que naturaleza

os ha dado, ;que podeis

pretender que no merezcan

vuestros meritos? ;Y que

ha de ser tan indiscreta

vuestra razon, que no aspire

al aplauso que le diera

establecimiento mas

brillante que no el que piensa?

Mi hija infeliz constituida

en un seno de miserias;

;que gloria, que fama, que

credito y honor os diera?

Y asi os suplico busqueis

Esposa que igual os sea,

y que olvidar procureis

à mi infelice Isabela.

Isab. ;Ay Dios! Mi Madre conspira
;contra mi! ;Desgracia inmensa!

Rob. ;Que proceder de muger!
Lo siento, pero me eleva. *aparte.*

Enr. Madama, admirado quedo
de vuestras voces, porque ellas

son en todo terminantes

contra el honor que me aliena.

Que una Esposa rica busque,

y que à Isabela aborrezca,

por pobre decís. ;Sabeis

quales son las verdaderas

posiciones? La virtud,

la honestidad, la modestia,

y el temor de Dios. Todo esto

lo encuentro yo en Isabela;

Luego quereis que unos bienes

de una duracion eterna

los deje por otros bienes

que acaban quando comienzan.

No Señora: en vuestra hija

están todas las riquezas

mas recomendables, pues

las que produce la tierra

aquel las sabe estimar.

que no alcanza à conocerlas.

Si, Isabela mia, si:

retifico mis promesas,

reitero mis juramentos

de ser tu Esposo. Esta prenda

La saca del pecho.

que en los ultimos instantes

de su amable vida tierna

me dió mi Madre, diciendo:

que conmigo la tragera,

siempre sea la que afirme

mi palabras; y para que ella

me la acuerde cada instante

quiero que la traigas puesta *se la pone*

sobre tu precioso pecho.

Mi bien, vive tu contenta

que apenas acabe el sitio

mi amor, mi fé y mi terneza

me verán amante Esposo

de mi adorada Isabela.

Isab. Madre, tenedme que el gozo

hasta

hasta sus brazo me lleva.

Rob. Y á mi tambien. ¡Que virtud!

Mad. Enrique, yo estoy suspenfa

¡con lo que habeis dicho! El gozo
de mi toda me enagena.

Dentro Ayud. Entrad todos tras de mí,
y el que se resista muera.

Todos. ¡Que es esto? *¡sorprendidos.*

Sale el Ayudante y soldados armados.

Ayud. Señor Enrique,
daos preso en nombre del Cesar.

Enr. A tan supremo precepto

Da la espada al Ayudante.

rendida está mi obediencia.

Ayud. Asegurable al instante:

Le aseguran los soldados.

ese hombre amarrado sea. *Lo hacen.*

Isab. Señor...

Mad. Señor...

Ayud. Hé, Señoras,

esos extremos suspendan;

que preceptos superiores

de esta manera se observan.

Isab. ¡Ah Madre mia!

Reclinandose una contra otra.

Mad. ¡Hija amada!

Rob. La turbacion no me deja
articular las palabras!

Ayud. Ah que lastimosa Scena!

Enr. Señoras, Roberto, nada
os confunda, ni os suspenda:

porque nunca, las prisiones

supo temer la inocencia.

Ayud. A la Prevencion llevadles,

¡Sabe Dios quanto me pesa!

Enr. ¡Isabela, á Dios!

Rob. A Dios,

¡Señoras!

Isab. Que se los llevan

Madre mia! ¡Ay Dios! Corramos
à morir donde ellos mueran.

Mad. Vamos.

Isab. Enrique...

Mad. Roberto...

Corren á ellos.

Rob. Señora mia...

Enr. Isabela...

Ayud. Llevadles. ¡Me ahoga el dolor! *ap.*
Apartad, Señoras.

Mad. Penas...

Rob. Lagrimas...

Isab. Ansias...

Enr. Tormentos...

Los 4. En esta ocasion, en esta
desdicha à mi corazon
dad constancia y fortaleza.

A C T O II.

*Tienda de campaña magnifica del General
que ocupe toda la scena, y suba hasta las
bambalinas: mesa al frente con rica cubier-
ta, y sobre ella papeles y escribania con
silla dorada à su inmediacion, donde
estarán el General, el Mayor
y el Ayudante.*

May. Si, mi General: Enrique
está confeso y convido.

Declaró que tuvo á Carlos

la noche que los testigos

han declarado en su Guardia;

y que el Teniente que vino

antes de ayer de la Plaza

à tratar del confabido

cange de los prisioneros

nuestros y del enemigo

le trajo la carta, que es

de Carlos y para el mismo.

Y aunque repetidas veces

fué Señor reconvenido

que declarase la causa

de haber à Carlos traído

à la abanzada su guardia,

y explicase el contenido

de la carta por respuesta,

dió solamente suspiros.

Gen. ¡Que no dió alguna disculpa?

May. No Señor, y su delito

el silencio acriminó

Gen. ¡Es verdad! *Con mucho sentimiento.*

May. Tampoco quiso

manifestar quienes fueron

sus Padres, habiendo dicho

que es su lugar Vvitemberg.

Gen. ¡Vvitemberg! *Con sobresalto.*

May. Así lo dijo.

Que

Gen. Que recuerdos se me ofrecen *aparte*.
para aumentar mi martirio!

May. Para el consejo de guerra
se espera vuestro permiso.
Contra el pescador Roberto
no resulta ni aun indicio
de culpa.

Gen. Pues el consejo
juzge à Enrique.

May. Iré à servirlos.

Venid , Ayudante.

vase.

Gen. Antes *deteniendo al Ayudante*.
dad libertad de orden mio
à ese infeliz pescador:
si ha de ser ejecutivo
el castigo de la culpa,
¿porque no ha de ser lo mismo
el premio de la inocencia?

Ayud. Bien, Señor. Voy advertido. *vase.*

Gen. Que de mi apartar no pueda
à este Enrique ! Que ha nacido
en Vvitemberg y los nombres
de sus Padres no ha querido
declarar ? Que temor puede
obligarle à no decirlos?
Pero que sabemos ? Esto
ni le aumenta su delito
ni le limita la pena.

Si acaso.... ¿Que desvario!

¡Dulce Esposa ! En Vvitemberg

me unió himineo contigo;

la guerra ocultó este lazo,

prisionero el Turco me hizo,

à los doce años volví,

y ya habia fallecido

mi Enriqueta.

Sale el Ayud. Gran Señor, los gritos
de la humanidad los gritos

me hacen dirija à Vucencia

los humildes ruegos mios.

Gen. ¿Que quereis?

Ayud. Aquella joven

que ha hablar à Vucencia vino

despues de haber preso à Enrique,

y no pudo conseguirlo,

con lagrimas lo pretende,

y que lo logre os suplico.

Gen. Que entre.

Ayud. Con quanta alegría;
gran Señor , en esto os sirvo. *vase.*

Gen. Que sabemos lo que quiere
esta pobre?

Salen al bastidor el Ayudante y Isabela.

Ayud. Es muy benigno
nuestro General. Confiad
en su clemencia. *vase.*

Isab. Dios mio, *entrando con timidez*,
alentad mi corazon

pues turbado le examinó.

Gen. ¿Que quereis?

Isab. Dar á mis ansias
en vuestras plantas alivio.

Gen. Alzad. ¿Que preciosa que es! *aparte*.
¿Confieso me ha enternecido!

¿Quien sois?

Isab. Una desgraciada
que à llorar solo à nacido.

Gen. ¿Solo à llorar ? Pues yo creo
podeis hacer que infinitos
lloren por vos. ¿Vuestro nombre?

Isab. Isabela. *con sentimiento.*

Gen. Es un echizo *aparte*.
de perfeccion. Sofegaos,
esté el animo tranquilo,
que yo os favoreceré.

Isab. ¿Que me oigais, Señor, os pido! *llorando*

Gen. Lo haré, pero no lloreis,
porque en mirando à un prodigio
de belleza como vos
llorar, hago yo lo mismo.

Isab. Señor, el Teniente Enrique...

Gen. ¡Enrique! Ay Dios! Que principio *aparte*
para enternecerme mas!

Isab. Arrastrado del mas fino
y sincero amor, de mi
se enamoró.

Gen. Y que bien hizo.

Teneis meritos sobrados

para ello. Solo os he visto

esta vez , y aunque soy viejo,

que os amo tambien afirmo.

Isab. Con solemnnes juramentos
su mano me ha prometido.

Gen. No es extraño: los soldados
de la pasion seducidos
hacen esos juramentos,

mas

mas pocos se ven cumplidos.

Isab. Se agravia à Enrique, Señor, pensando así de él. Hoy mismo me dió una prenda en señal de su fé y de su cariño.

Gen. Y que prenda os dió?

Isab. Esta fué
Señalando la que trae al pecho y le dió
Enrique.

Gen. Ola ! Si bien la examino, ella es joya guarnecida de diamantes y zafiros.

Isab. Es verdad.

Gen. Pues veámosla.

Isab. Tomad, Señor.
Se la dá y al verla se sorprende.

Gen. Mas que miro ! *Aparte.*

No es de Enriqueta mi esposa el retrato que yo mismo la di al separarme de ella ? El es ! Mi nombre registro en la cifra que aquí puse.
Tiemblo ! Amparadme, Dios mio !
Queda como transportado.

Isab. Gran Señor, vuestra sorpresa, vuestra confusion admiro.

Gen. Sabeis quien á Enrique dió esta joya ?

Isab. El me lo dijo.

Gen. Y quien fué ?

Isab. Su Madre.

Gen. Que oigo ! *Aparte.*

Su Madre ? Pues el es mi hijo !

Ola ! Sargento de Guardia,

Señor Sargento ?

Corre á llamarle al bastidor como fuera de sí. *Isabel* hace extremos de admiracion.

Sale el Sargento con el fusil.

Sarg. Rendido á la voz de Vuecelencia vengo.

Gen. Vaya Usted... No: escrito lo llevará.

Pasa al bufete como arriba y escribe temb. *Aparte.*

Sarg. El General está como sorprendido, pero no es mucho teniendo á la vista este prodigio.

Isab. Cielos, que podrá ser esto *Aparte.* que no entiendo aunque lo miro !

Gen. Basta para que al instante

Tirando la pluma al rintero.

se me obedezca. Al servicio *Lee ap.* del Emperador conviene que sino se ha procedido por el consejo á votar la causa (tiemblo al decirlo !) del Teniente Enrique, quede en aquel estado mismo en que la halle esta orden mia. El General Dumont. Hijo

Cerrando la carta.

de mi alma ! Tomarme tiempo para tu bien solícito; pues si el Consejo sentencia no tengo despues arbitrio.

Se levanta precipitadamente.

En el consejo de Guerra ponga Usted ese orden mio,

Le da el pliego.

Señor Sargento ; mas corra, porque es muy executivo.

Sarg. Así lo haré, gran Señor. *Vase.*

Gen. El disimulo es preciso *Aparte.* ahora con esta muchacha.

Isab. Señor, quien así ha podido alteraros...

Gen. Quien ? Tu. Una muger que obscuro ha tenido su nacimiento ; ha pensado unirse á un hombre tan digno, tan ilustre como Enrique ? Que disparate ! Idos, idós con Dios, Señora ; que aun quando no esperara su delito atroz la muerte, jamas pudierais mirar cumplidos unos pensamientos que el desprecio es su castigo. Me arrastré de la passion y no se lo que me he dicho. *Aparte.*

Isab. Ah gran Señor ! Admirada he quedado con oiros. Vuestra prudencia y bondades responderme así han podido ? Ignorais que el arbol noble

jamas ha desmerecido
por su rustica corteza ?
Bajo de humildes vestidos,
corazones generosos,
y almas grandes no se han visto ?
Creed, Señor, que mi exterior
es de mi interior distinto.
Sangre tan ilustre como
la que Enrique tenga, afirmo
á Vucelencia que abrigan
mis venas. El Padre mio
aunque no le conocí,
que este es mi mayor martirio,
tuvo en la Guerra un carácter
el mas noble, y distinguido.

Gen. Quien fué vuestro Padre ?

Isab. Fué...

Ay Dios! Yo tiemblo al decirlo!

El Capitan Robinson.

Gen. Robinson? Que es lo que has dicho?

¿Mi hermano?

Isab. ¿Como? ¿Mi Padre

hermano vuestro? Que he oido?

Gen. Dime el nombre de tu Madre.

Isab. Matilde, y está conmigo.

Gen. Matilde? Sobrina mia!

Dale un abrazo á tu Tio.

Isab. Con el corazon.

Gen. Que gozo!

Isab. Que regocijo!

Quedan abrazados, y confundidos de alegría; salen al bastidor Roberto, y Madama.

Mad. A hablar por ti, y por Enrique
vino mi hija, y... Mas que miro!

Ve á Isabela abrazada al General. Corre precipitadamente y la separa con violencia de sus brazos. Roberto entra igualmente en la Scena apresurado.

¿Que es lo que haces, hija aleve?

Isab. Que hago? Abrazar á mi Tio.

Mad. ¿Que dices, infiel?

Rob. ¿Por donde

tal parentesco ha venido?

Isab. A mi Tio, si Señora;

su Excelencia lo es: me ha dicho,

Roberto que el Capitan

Robinson fué Padre mio;

se lo expusé á su Excelencia,

y abrazandome me dijo,
que yo su sobrina soy;
me está bien y lo he creído;
conque aunque vos lo creais
nada en ello habreis perdido.

Mad. Que oigo, Cielos!

Gen. Si Señora;

aunque de Padres distintos,

es mi hermano Robinson;

y con certeza averiguo,

que sois la infeliz Matilde,

hija... (yo pierdo mi juicio!)

Mad. Del Baron de Sutefort.

Gen. Es verdad!

Mad. Hermano mio! *Se tira á sus brazo.*

Rob. Temblando y absorto estoy
de gozo.

Isab. ¿Y mi Padre es vivo?

Gen. Si, Isabela amada; vive.

Mas decidme ¿como ha sido

hallaros oy en Landau?

Rob. Diez y seis años cumplidos

hace salimos de Vvormes,

que es nuestra Patria.

Gen. Ese mismo

tiempo hace que Robinson

mi hermano me dio el aviso

de su oculto casamiento

con Matilde. Desde Flíngo

pasé de su orden á Vvormes;

pero desaparecido

habia Matilde ya;

y aunque fueron exquisitos

mis cuidados por hallarla,

fué imposible el conseguirlo.

Mad. Esa mi desgracia fué.

Robinson, y Esposo mio

siendo Capitan fué á Vvormes

á cumplir unos precisos

mandatos, que le encargó

la Corte; mi Padre quiso

que en mi casa se hospedase,

por conocimiento antiguo,

que con la vuestra tenia.

La primer vez que nos vimos,

nuestros tiernos corazones

quedaron de amor rendidos;

y la frecuencia del trato,

llevó á lo sumo el cariño.

Solo faltaba á este amor noble, que el lazo bendito del Matrimonio le uniese, pero habia mil peligros que reparar. Por mi parte, mi Padre tenia ofrecido

á Asting, que era de un Milord

sobrino, casar conmigo.

Y por la de Robinson,

salíó en aquel tiempo mismo

un real decreto, mandando

se tuviese por indigno

al oficial que casase

durante la Guerra : abismos

los dos casi insuperables

á dos amantes rendidos ;

aunque siendo el amor firme,

hace en los riesgos prodigios.

Mas Robinson lo dispuso

todo tan á gusto mio,

que con el mayor secreto

casados, Señor, nos vimos.

Gen. Ay mi querida Enriqueta ! *Aparte.*

A mi me pasó eso mismo !

Mad. Disfrutó los privilegios

de esposo ; mas fué preciso

partiese á la Corte dentro

de poco ; pero advertido

dejó á Roberto mi driado

que de todo fué testigo,

que luego que le escribiese,

partiese á Viena conmigo.

Su ausencia en mi corazon

causó dolor infinito ;

y se reiteró al notar

en mi seguros indicios

de las primicias del casto

Himeneo contraído ;

desgracia, que en otro tiempo

dicha inmensa hubiera sido.

Pasabase el tiempo ; iba

creciendo el fruto querido

de mis entrañas, y no

avisaba (cruel martirio !)

mi Robinson ; y porque

fuese el golpe mas impio

arribo Asting á mi casa,

para casarse conmigo.

Con su vista yo y Roberto

nos quedamos confundidos.

Mi Padre empezó gozoso

todos los preparativos

de la boda ; mas nosotros

cautos, y bien prevenidos

de joyas y de dinero,

de mi casa nos salimos,

para que un peligro fuese

remedio de otro peligro.

Llegamos á Viena, en donde

tristes noticias tuvimos

de mi esposo. Unos decian

era muerto el dueño mio ;

y otros que en la ultima guerra

prisionero el Turco le hizo.

Tambien supe que mi Padre

falleció ! (tormento impio !)

A este cumulo de angustias

tan funestas, sobrevino

mi parto : nació Isabela,

y apenas un corto alivio

experimenté, á buscar

á mi esposo nos partimos,

pero todo sin efecto.

Ultimamente nos dixo

un Alferéz Aleman,

que se hallaba en este sitio

de Landau ; donde llegamos

dos años hace cumplidos.

Enrique aqui vió á Isabela ;

la ofreció ser su marido

luego que el sitio acabase ;

y esto y no hallar ni aun indicio

de Robinson nos detuvo.

Roberto, mi leal amigo,

con el sudor de su rostro

aqui nos ha sostenido.

Y quando el Cielo piadoso

nos miraba mas benigno,

á Enrique y Roberto prenden :

Corre Isabela, y la sigo,

á implorar vuestras clemencias.

A Roberto en el camino

hallo en libertad : entramos

en vuestra tienda : advertimos

á Isabela en vuestros brazos

enlazada : el honor mío
de ella vengarse pretende,
y al punto que la desvío
de vos, en vos (que fortuna !)
hallo un hermano querido,
mi protector, mi consuelo,
mi bien, mi norte y mi asilo.

Gen. Si : todo lo soy, Matilde.

Ya sabrás en los peligros
en que mi hermano y tu esposo
à estado. Solo te digo
ahora que es ya Mariscal
de campo , pues me lo ha escrito
en el correo inmediato
desde la Corte. Un aviso
tan tierno como el presente,
darle oy propio determino,
porque venga à ver su esposa
y su hija.

Rob. Porque caminos
tan raros le dais, gran Dios,
à la virtud premio digno !

Isab. Y Enrique , Señor ?
El General manifiesta su mucho sobresalto.

Mad. Hermano,
su libertad solo os pido.

Isab. Por Dios, Señor.

Rob. En estando

libre Enrique...

Gen. Que ¿que ha habido
Ayudante ? Hablad.

Viendo salir al Ayudante y corriendo sobresaltado à encontrarle.

Ayud. Señor

mi dolor es excesivo !

Quando vuestra orden llegó
al Consejo , ya concluido
todo estaba; y la sentencia
que à Enrique se ha dado, ha sido
que se le degrade, y que
muera por traydor.

Mad. Que he oido !

Isab. Justos Cielos ! Todos se consternan.

Rob. Cruel dolor !

Gen. Amargo y fiero conflicto ! *Aparte.*

Mad. Hermano...

Isab. Tío...

Rob. Señor...

Ayud. Que oigo ! Yo estoy confundido ! *ap.*

¿A nuestro General llaman

una hermano y otra Tío ?

Gen. Alentad , sobrina , hermana.

Si Vsted està sorpreendido

con lo que ha oido, Ayudante,

no lo esté ; pues quanto ha oido

es cierto. Mas id al punto

à Brusting, y de orden mío

haga se alojen y traten

como si fuera yo mismo :

y volved pronto, porque

à Enrique hablar determino.

No perdamos los momentos,

que aunque de Enrique el delito

pide aquella pena, y no

hallo à su remedio arbitrio,

con todo puede que Dios

dé à tantos males alivio.

Isab. Ah Cielos !

Cae desmayada en los brazos de Matilde.

Gen. Sobrina !

Mad. Hija !

Rob. Señora !

Ayud. Que laberinto !

Isab. Dejadme que me den muerte

mis amargos paraísos.

Sentenciado Enrique à muerte !

¿Quien ha sido, quien ha sido

el barbaro que ha eclipsado

del Sol de su honor los brillos ?

¿Quien fué el traidor ? Que aunq debil

mi brazo , con él me obligo

à arrancarle el corazon

fiero , audaz y vengativo.

¿Donde està mi Enrique ? ¿Donde y

el amado esposo mío ?

Llevadme à morir con él,

para que así mi martirio

y mis amarguras hallen

dichas , consuelos y alivios.

Queriendo irse.

Gen. Espera, Sobrina. Vsted Deteniendola.

conduzcalas donde he dicho,

y vuelva.

Ayud. Lo haré, Señor.

Venid, Señoras, conmigo.

Isab. Vamos : y en tantas amargas

des-

desdichas, Cielos benignos...

Todos. Denos vuestra providencia
constancia, valor y auxilio. *Vanse.*
Prision corta en Tienda de Campaña. Sale
Enrique aprisionado por la izquierda, y
un centinela de vista con el arma que
se pasea lentamente junto á él.

Enr. Melancolica estancia,
en cuyo triste seno
hallan los delinquentes
justo castigo, y causan escarmiento:
¿Porque á los inocentes
como yo, admites dentro
de tu infeliz morada,
si esta no se hizo para vivir ellos?
Pero dirás procedes
tan recta con tus yerros,
que al que se halla inculpable
le acrisolas, y sale mas perfecto.

Pero ay! Que á veces sabe
la maldad con su esfuerzo
hacer que la inocencia
parezca criminal, y en mi lo advierto!
¿Yo por traidor rendido
á estas prisiones? Cielos,
pues me veis inocente
á vuestra justa providencia apelo!

A Carlos di palabra
de guardar el secreto
de nuestro desafío,
y la llegué á afirmar con juramento.

¿Y podré quebrantarle
aunque pierda por ello
la vida, y mi buen nombre?

¿Que diria el Francés? No debo hacerlo.

¿Pero y mi amable esposa?

¿Y mi Isabela, dueño
del Alma mia, en donde
esperaran mis ansias sus consuelos?

Que fatiga la suya

será el mirarme preso!

Ah querida inocencia!

Que vendrá á ser de ti, si yo fallezco!

Queda lleno de dolor sentado, y salen el
Ayudante, el General, y Cabo de Esqua-
dra al bastidor de la derecha.

Gen. Haced que la centinela
se retire.

Ayud. Os obedezco.

Retirad la centinela.

Llega al Cabo, y este hace retirar la cen-
tinela y se van los dos.

Cabo. Centinela, deje el puesto,
y venga al cuerpo de Guardia.

Ayud. ¿En que mas serviros puedo?

Gen. Idos tambien.

Ayud. Quanto miro

me confunde y no lo entiendo. *Vase.*

Gen. Que tormentos tan crueles

Saliendo con mucha pena.

voy á padecer! No acierto
con la voz! Señor Enrique.

Enr. Gran Señor... ¿Pues como es esto?

Levantándose sorprendido.

Que gozo me causa el verle! *Aparte.*

¿Vuecencia visita á un reo
que tienen por criminal?

Gen. Si, amigo, que os compadezco,
y por esto quiero ver
si hallamos algun remedio
á vuestro crimen.

Enr. Yo crimen?

Gen. Asi consta del proceso.

Enr. Pues creed que estoy inocente!

Gen. Ya; pero los Jueces rectos
se gobiernan por lo escrito,
no por las conciencias; y esto
os ha de hacer me digais
la verdad. ¿Para que efecto
llevasteis á vuestra Guardia
de la abanzada en secreto
á aquel Capitan francés?

Enr. Mi honor me mandó asi hacerlo.

Gen. ¿Vuestro honor? Como... No hablais?

Enr. No Señor!

Gen. Porque?

Enr. No puedo!

Gen. Ay Dios! ¿Y la carta es suya?

Enr. Y otra que perdi.

Gen. ¿Y con eso

creeré que estais inocente?

Enr. Si Señor: Os lo confieso,
y lo juro en vuestras manos.

Gen. Pues romped ese silencio,
y desahogaos no con un
General, con un ingenuo

ami-

amigo, con Dumont, ya
que con mi llanto os lo ruego.

Enr. ¿Señor, que haceis? Vos llorais?

Gen. Lloro solo porque siento
tu deshonra, hijo mio!

Enr. ¿Hijo me llamais? Ah, Cielos!

Pues como honor no tendré
si me llamais hijo vuestro!

Gen. ¿Quien fué tu Padre?

Enr. Mi Padre!

Ahora si que mi tormento *Aparte.*
me hace que lagrimas vierta!

Gen. ¿Porque es ese llanto tierno
ahora?

Enr. Es con justa causa.

Y porque veais que respeto
à Vucencia mas que à todos
los hombres del universo,
voy, Señor, à descubrirlos
el mas profundo secreto
de mi corazon, aunque
en decirlo mi averguenzo!
Yo Padre no he conocido,
ni se quien fué.

Gen. ¿Como es eso? *Temblando de gozo.*

Dios mio, haced que mi gozo *Aparte,*
aqui no haga algun exceso!

¿Y vuestra Madre quien fué?

Enr. Doce años tenia lo menos,
y aun no sabia que Madre
fué la mia.

Gen. Este es el tiempo *Aparte.*

que sin saber de mi esposa
estuve yo prisionero!
Seguid, Enrique.

Enr. Lo haré,

pues lo mandais. En secreto
me crié en una Aldea; y
à Vvitemberg, con pretexto
de servir à una Señora
me llevaron. El afecto
que me mostraba la que Ama
creia, era en extremo.

Al año, Señor, la dió
el accidente postrero;
y estando à lo ultimo ya
de su vida, sobre el lecho
me hizo sentar, y me dijo:
amado Enrique, y obgeto

de mi corazon, yo soy
tu Ma dre infeliz. Te entrego
mi retrato para que

le traigas siempre en tu pecho,
con el nombre de tu Padre,
que en esta cifra està puesto.

Y sin decir mas perdió
la vida, y me dejó muerto,
pues no me pudo decir
quien es à quien mi ser debo,
porque la cifra no ha habido
quien la compreenda.

Gen. Ahora, Cielos, *Aparte.*

ahora dadme fortaleza,
que oculte mi amor paterno!
¿Y el nombre de vuestra Madre
qual era?

Enr. Enriqueta.

Gen. Ah tierno *Aparte.*

pedazo del corazon!

Mi hijo eres: lo confieso;

mas mientras estés culpado,

declarartelo no puedo.

Morirás desconocido,

sentiré tu fin funesto;

mas no participaré

de la afrenta, que en ti advierto!

Enr. Señor, ¿que teneis, que haceis

sin hablar tantos extremos?

Gen. Sentia, Enrique, que vas

à dar tu postrer aliento

deshonrado por callar!

Enr. Pues, gran Señor, no hay remedio.

*Dentro tocan los tambores y pifanos, y
otros instrumentos de boca cerca y lejos,
marcha, y al estruendo acompañan las
voces que siguen.*

Todos. Viva nuestro Emperador

el gran Leopoldo Primero.

Gen. Buen Dios! Si su Magestad

habrá llegado! ¿Que es eso,

Ayudante! *Sale el Ayudante corriendo.*

Ayud. Que aora acaba

de desmontar nuestro excelfo

Emperador y à Vucencia

à avisar vengo corriendo.

Gen. Vamos al instante. Enrique, à el ape

quanto puede un Padre espero

hacer por ti; pero es fuerza

que

que hables pagando mi afecto.

Haced que la centinela *Al Ayudante.*
se ponga otra vez al preso.

Vanse de prisa, y sale la Centinela.

Emr. No es posible que quebrante

mi solemne juramento,

hecho á Carlos. Perder é

mi vida, á Isabela pierdo,

y salto á mi General;

á quien tanto amor profeso.

Pero á Isabela, á mi vida

y á mi General contemplo

se deben anteponer

mis justos prometimientos.

Y así, Dios mio, escuchad

mis suplicas, oid mis ruegos,

dandole á mi corazon,

valor, constancia y aliento,

para poder tolerar

golpe tan cruel y fiero

que me amenaza: y en tanto

que llega mi fin funesto,

recojamos los sentidos,

y por el alma miremos,

que despues dirá la fama

(viendo que inocente he muerto,

pues en sabiendolo Carlos

fuerza es declare el suceso)

que hubo un valiente Alemán,

tan honrado y caballero,

que las leyes del honor

(aun con su enemigo mesmo)

las cumplió tan noblemente,

que en un publico escarmiento

rindió animoso la vida,

pero conservò el secreto;

dejando eterna memoria

á los siglos venideros

de quanto puede en un noble

un solemne juramento,

pues por el pierde su esposa,

su fama y honor excelso,

y da gustoso la vida

con un deshonor funesto;

para que diga la Francia,

Alemania, el universo,

que por religion y fama

fue Enrique tan Caballero,

que siendo inocente y leal,

por traidor rindió su cuello.

Y pues se acerca la hora,

Dios mio, prestadme acierto,

para entregaros mi alma

con la pureza que debo,

quitando de la memoria

amores, dichas, tormentos.

Se entra siguiendole la Centinela. La vista de la Plaza, y del exercito como en el 1.º

Año. La marcha de todos los instrumentos marciales, y las voces. Salen por su orden los Capitanes, el Aferez Ricardo, el Ayudante, el Mayor y el General. Todos se forman con un ayre de respeto profundo, y despues sale el Emperador, y su Guardia, que ocupará el foro del teatro.

Todos. Viva nuestro Emperador
el Gran Leopoldo Primero.

Gen. Gran Señor, á vuestros pies
invíctos, tanto celebro
vuestro arrivo, que mi gozo
no cabe dentro del pecho.

Emp. Levanta, Dumont. Estás
remozado.

Gen. Pues no tengo
causa por ello, Señor.

Emp. La resistencia que ha hecho
Landau te producirá
fatiga; lo considero.

Gen. Si Señor. Mayores causas *Aparte.*
motivan mi sentimiento!
Ah hijo mio!

Emp. Pues yo haré
que se nos rinda bien presto.
Esta Plaza sola ha sido
la que con mayor empeño
sitié: y en su rendicion,
mas que en otra me intereso.
Por esto he querido hallarme
en el asalto postrero
que oy pienso darla. Sus muros
convertir en polvo espero,
en justa retribucion
de su tenaz, duro y terco
teson en resistir tanto
ardor Aleman. Ya tengo
pensado el modo. Mas donde

está

está Enrique aquel Guerrero
tan esforzado, aquel joven
á quien la vida le debo ?

Gen. Ah Señor ! Enrique...

Emp. Qué ?

Gen. Enrique...

Emp. Habla.

May. Está preso.

Emp. Preso ?

May. Y sentenciado á muerte
infame por el Consejo
de Guerra !

Emp. Como ? Y porque ?

May. Porque ha resultado reo
del mayor crimen.

Emp. Qual es ?

May. Tener hechos los conciertos
con el Frances, contra vuestras
Armas.

Emp. Que he escuchado, Cielos!

¿ Enrique eso pudo hacer ?

Ric. Enrique pudo hacer eso,
gran Señor : Yo el delator
he sido de sus excesos.

Emp. ¿ Y se probaron ?

May. En todo.

Emp. ¿ No eres tu Ricardo ?

Ric. Y vuestro
rendido vasallo.

Emp. Pues

todavía bien me acuerdo
de otra delacion que diste,
y saliste de ella reo;
mira no suceda en esta
lo mismo, porque escarmiento
serás de los que no tienen
jamás buenos pensamientos.

Ric. Señor, yo...

Emp. Está bien. Enrique
quanto tu desgracia siento !
Pero aunque soy Soberano,
si estás culpado no puedo
darte la vida, pues fuera
dar á todos mal exemplo.

Ayud. Que bien merece Ricardo *Aparte.*
tan indigno tratamiento !

Ric. El Emperador me afrenta *Aparte.*
y me miran con desprecio

todos ! Oh si yo de todos
pudiera vengarme, Cielos!

*Tocan llamada de la Plaza; despues ponen
vandera blanca en la muralla.*

Gen. De la Plaza hacen llamada
y vandera blanca han puesto.

Emp. Haz que respondan con otra,
porque al enemigo oir quiero.

*El General hace seña al Ayudante, en cu-
ya virtud este hace lo que sea correspondien-
te para que pongan vandera blanca en el
campo, y toquen los tambores la llamada.*
*Aeste tiempo abren las puertas de Landau,
y sale por ella Carlos con la Guardia.*

*El Mayor hace que la que está en el
foro se divida en dos filas y por
medio llega Carlos al General.*

Car. El Mariscal de Tallard,

Tio mio, que el Gobierno
de la Plaza de Landau
tiene á su cargo, este pliego
que es de Capitulaciones:::

Gen. Esperad : ante mi excelso
Emperador, yo no soy

Señalando con reverencia.
mas que un Soldado, y no tengo
otra accion que obedecer.

Car. Gran Señor,

á vuestros regios
pies, os pido perdoneis
de mi ignorancia el defecto,
si acaso lo puede ser,
la desgracia que lamento;
de no haber logrado hasta ahora
el honor de conoceros.

Emp. Alzad. Y decid que quiere
Tallard.

Car. Oh quanto celebro
que ya que Landau se rinda,
sea á un Leopoldo Primero;
porque esto la dará aun mas
fama que el valor y esfuerzo
que ha mostrado en su defensa.

Emp. Dejad encarecimiento,
y pasad á lo que importa.

Car. Landau se rinde, con estos
Capitulos *Se los dà de rodillas.*

Emp. Bien está.

Para

Para responder los leo.

Lee para sí.

Gen. No pregunta por Enrique! *Aparte.*

Pues si estaba de concierto

con él para la traicion,

rendir la Plaza es opuesto.

Ric. Que buena ocasion era esta *Aparte.*

para lograr mis intentos!

Emp. Tomad: Decid à Tallard,

que condiciones no acepto

como estas. Que ha de entregarse

con la Plaza el fuerte; y si esto

no admite, el fuerte, la Plaza,

y quantos mantiene dentro,

oy mismo serán extrago

de la espada y del incendio.

Car. Así lo diré à mi Tio,

gran Señor: pero yo os ruego

à vuestros Cesareos pies

que hasta mañana suspenso

esté el ardor militar,

que yo volveré.

Emp. Lo ofrezco.

Ric. Ea, corazon audaz,

Aparte.

ya ocasion tienes y tiempo

para vengarte de todos

tus enemigos. Mi intento

antes que Carlos se vaya,

poner en practica quiero.

Vase disimuladamente.

Car. Señor, vuestra Magestad

disimule que eche menos

aquí el soldado mas noble,

que bajo vuestros preceptos

amables milita.

Emp. ¿Y quien

merece elogios como esos?

Car. El Teniente Enrique.

Gen. Ay Dios! *Aparte.*

May. Este es Carlos; los conciertos

de la traicion hizo Enrique

con él, le tuvo en secreto

en la abanzada una noche,

Señor.

Emp. Celebro saberlo.

¿Conque Enrique es el mas noble

soldado que yo mantengo?

Car. En mi concepto, Señor.

Emp. Como tuyo es el concepto.

Enrique está sentenciado

à muerte. Se ha descubierto

la traicion que meditada

tenia contigo; pero

en ti un seductor hay mas,

y en él hay un traidor menos.

Car. Gran Señor; así injurias

mi honor y mi nacimiento?

Mas yo puesto à vuestros pies

juro no apartarme de ellos,

hasta que me oigais.

Emp. Pues di.

Car. Valiendome de mi fuero,

si en vuestro exercito hay,

sea quien fuese, no siendo

Vuestra Magestad, quien ponga

de Enrique en el honor terço,

y en el mio la menor

falta; que es falta? Un pequeño

obstaculo, digo es vil,

y le desafío y reto,

ante vuestra Magestad,

donde darle muerte ofrezco.

Gen. Bendita sea tu boca! *Aparte.*

¿Puede esto engañarnos, Cielos!

Emp. ¿Pues no te tubo una noche

Enrique en su Guardia?

Car. Es cierto.

May. ¿No le escribisteis despues

una carta?

Car. No lo niego.

Y en ella le dije, que

siempre guardase el secreto

que sabía.

Emp. ¿Y qual es ese?

Car. Os diré todo el sucefo.

Con el General Dumont

à tratar vine conciertos

oportunos à mi Rey.

Enrique lleno de celo

de su noble corazon,

me respondió con desprecio.

¿No es verdad?

Todos. Así es, Señor.

Car. Yo tube aquel tratamiento

por injurioso à mi honor,

y juré satisfacerlo.

Un Teniente à los dos dias

D

vol-

volvió à tratar de lo mesmo,
y un papel de desafío
envié à Enrique por su medio,
diciendo en el que si acaso
en el dia venidero
le tocaba entrar de guardia,
hiciese el posible empeño
para lograr la abanzada,
pues yo tenia dispuesto
ir à la de las dos minas
que extra muros mantenemos,
y que alli estando inmediatos,
era muy facil el vernos.
Con efecto, gran Señor,
me ofreció Enrique así hacerlo
por esta esquila que aqui
por casualidad conservo.

Se la da al Emperador.

Emp. Es verdad. Vedla, Dumont.

Gen. Mi regocijo es extremo!

Emp. ¿Y salió Enrique?

Car. Salió,

nos batimos con aliento,
y si mas valor no tubo
que yo, tubo mas acierto,
ò mas dicha, pues me hirió
en este lado derecho.
Cai con la herida en sus brazos;
me levanto. Su pañuelo
que es este me le aplicó;
y con generoso pecho,
à su Guardia me condujo,
y en su quarto con silencio
el pañuelo puso bien,
sugetandole por medio
con esta liga que es fuya,
pues su nombre en ella veo
y el de Isabela. Conmigo
fué despues un largo trecho,
ofreciendome callar
con solemne juramento
este caso; pues mi Tio
si lo supiera comprendo
que me daria un castigo
correspondiente à mi exceso.
El honor de mantenerme
su palabra, à Enrique ha hecho
tan glorioso que à la vista

de tantos males funestos
que le están amenazando,
antepuso su silencio
à su honor, su vida y fama,
firme, constante y resuelto;
y de un Heroe igual, Señor,
no nos dà la historia exemplo.
La herida que me hizo es esta:

La manifiesta.

y á voces está diciendo
que padece la inocencia,
si Enrique está padeciendo.
Esta es la verdad, Señor,
discurro que pruebas tengo
en estos mudos testigos,
mas ciertas que no el proceso
que á Enrique se haya formado.
Y si quedais satisfecho
de mi verdad, por su vida
y honor os suplico y ruego,
pues por el perderé el mio,
y con mi sangre mi aliento.

Emp. Generoso Carlos, dame
los brazos. Bien claro veo
que para que la inocencia
de Enrique brille, los Cielos
oy á este campo de guerra
à ti y à mi condugeron.
Aquel que le delató,
discurro que con fin bueno
no lo hizo; yo le conzco;
mas castigarle no puedo,
porque tiene en su favor
el ser los indicios ciertos.
A su prision vamos, pues
sacarle en mis brazos quiero,
y los grillos por mi mano
quitarle; y este trofeo
será adorno de sus armas,
para hacer su nombre eterno.
¿Pero que tienes Dumont?
¿Porque haces esos extremos?

Desde que Carlos empieza à defender à Enrique estará Dumont muy atento: mas desde que comienza à justificar su inocencia hace extremos de gozo, que los duplica, segun aquella se aumenta. Las voces del Emperador le sacan de si, que

que es quando este le advierte y le pregunta; y lleno del mismo impetu de alegría responde.

Gen. Señor, tengo vida, honor, y locura tambien tengo.

Emp. ¿Vida y honor? ¿Pues acaso te faltaba?

Gen. Yo me entiendo, gran Señor, ahora Dumont no está para responderos.

Perdonad por Dios. A Enrique de su prision le saquemos, que despues sabreis prodigios.

Vamos, gran Señor, corriendo. Ah Carlos! Premiete Dios los favores que oy me has hecho.

Emp. Con efecto, mi Dumont ha perdido el juicio.

Gen. Pero despues me direis, Señor, que tuve causa para ello.

May. El ver á Enrique inocente sabe Dios quanto celebro!

Ayud. Que no pueda yo á Isabela avisar de este suceso!

Emp. Venid todos donde aplausos á nuestro Enrique le demos.

Al ir entrandose por su orden sale Isabela corriendo con un papel en la mano, y quando han vuelto á la Scena el Emperador y los demas á sus voces, salen tambien corriendo Matilde y Roberto.

Isab. Tio mio, Tio mio, escuchad por Dios.

Emp. ¿Que es esto?

Gen. Mi Sobrina! Ay Dios! La haré ap. señas que guarde silencio.

Emp. ¿Joven hermosa, á quien llamas?

Isab. A mi Tio: ya le veo.

Tio amado... Corre á el; Matilde la detie.

Mad. Oye, Isabela.

Isab. Que me deje usted la ruego, Madre mia, porque á Enrique que este papel sirva creo.

Emp. ¿Pues es tu Tio Dumont?

Gen. Que no me entienda! *Aparte.*

Isab. Es muy cierto;

como que de Robinson su hermano soy hija.

Emp. ¿Es cierto lo que esta joven expresa Dumont?

Todos. Que raro suceso!

Gen. ¿No ha de ser cierto Señor?

De mi locura y contento esta es la parte menor.

Ved si era con fundamento!

Matilde de Robinson esposa es esta. Roberto,

el que las ha acompañado diez y seis años lo menos,

este es. Oy he conseguido hallazgo de tanto precio

y otro mayor. Ya daré la noticia por extenso

á vuestra Magestad,

Mad. Que oigo!

Rob. Que he escuchado!

Isab. Santos Cielos

Magestad le dá!

Gen. Postraos

á los pies de nuestro excelsó

Emperador siempre invicto,

el gran Leopoldo Primero.

Isab. Ay Dios! Yo estoy confundida!

Mad. Que dirá de nuestro exceso!

Rob. Solamente al oir la voz

del Emperador, yo tiemblo!

Emp. Llegad, y nada os confunda,

Llegan y los levanta.

porque mis brazos abiertos

están para mis vasallos,

y mas vasallos que debo

amar, pues esposa, é hija

sois de Robinson. Supuesto *Aparte.*

que le dejé de aqui cerca,

un gran gozo le prevengo.

Mad. Señor, por vuestras piedades,

la tierra que pisáis beso!

Emp. Alza. ¿Que papel es ese? á Isabela.

Mad. Responde.

Isab. Si me extremezco

de temor.

Rob. Tiene esta Joven

tratado su casamiento

con Enrique.

Emp. Bien, prosigue.

Isab. ¿Y para que decís eso?

Como avergonzada.

Rob. No sabe Enrique quien es;

todavía fué su afecto

à la virtud de Isabela,

Señor, no á su nacimiento.

Isab. Oy le prendieron, Señor,

y con certeza sabemos,

que le delató Ricardo,

culpándole de que es cierto,

que à un Capitan Francés tubo

en la Guardia con secreto.

De este mismo Capitan

cuyo nombre es Carlos, tengo

esta carta que escribió

à Enrique, y dejó en el suelo

este olvidada en mi casa.

En ella está descubierto

que á Enrique le desafia,

y señala día y puesto.

Y por si importa á su vida,

que mas que la mia aprecio,

Veale vuestra Magestad,

Se le dá, le mira y Carlos con gozo

le ve tambien.

¿quien con mi llanto ruego

que derrame las clemencias

con que le ha adornado el Cielo,

sobre el desgraciado Enrique,

porque es mi esposo y mi dueño.

Gen. Y Primo hermano. *Aparte.*

Mad. Que Esposo *Aparte á Isabela.*

le llames?

Isab. ¿Pues si ha de serlo,

¿que importa que me anticipe

à darle un nombre tan tierno?

Car. Gran Señor, ese papel

es el mio.

Emp. Si, los Cielos

creo han tomado á su cargo

volver por Enrique.

Rob. Excelso

y glorioso Emperador,

tampoco callar os debo

que por el delator mismo

estuvé yo tambien preso

y me libró mi inocencia.

Isab. Pero el Alferez perverso,

hallándose en la abanzada

de Guardia, y de noche siendo,

la abandonò, y à mi casa

fué el traidor con el intento

de violar mi honestidad

y estimacion. A mis ecos

y desconcertados gritos

salí, gran Señor, Roberto,

le reconvinó con voces

llenas de honor y respeto,

facó el barbaro la espada

contra el, pero quiso el Cielo

que otra alli hubiese de Enrique;

se batieron y Roberto

al cobarde desarmó,

le puso la espada al pecho,

le acordó su obligacion

y le hizo salir corriendo.

Falta hizo à la Guardia, mas

Enrique airado y severo,

su delito preprendio.

Venga usted, Señor Sargento,

y pues fué testigo diga

à su Magestad si miento.

Sarg. La verdad es, gran Señor,

Y un Pisano de mi cuerpo

y compañía tambien

hizo falta y se le dieron

cinquenta palos.

May. No es Jorge?

Sarg. Si Señor.

May. Pues es mesmo

el peor testigo es de Enrique.

Isab. Picaron!

Emp. Parece sueño

el oír tan grandes maldades!

Mas de Ricardo las creo.

May. Pues el llega. *Sale Ricardo.*

Gen. El insolente

atreverse (de ira tiemblo!)

à mi Sobrina!

Mad. Ah traidor!

Ric. Ya traigo escrito el proyecto *Aparte.*

que ha de vengarme de todos,

y que mi nombre hará eterno.

A Carlos se le dará

pues

pues aun he llegado à tiempo.

Emp. Ayudante?

Ayud. Gran Señor.

Emp. Prende à Ricardo.

Isab. Me alegro.

Ayud. Daos preso.

Llega con el Sargento y soldados y le aseguran.

Ric. Señor...

Emp. Llevadle;

porque su vista aborrezco.

Se le cae à Ricardo una carta que trae en el pecho y la alza el Ayudante.

Ayud. ¿Que carta es esta?

Ric. Ay de mi!

Ayud. Mirad, Señor, ese pliego, que se le cayó à Ricardo.

Emp. Para Carlos. ¿Que será esto?

Leiendo el sobre escrito.

Abre la carta y lee para sí admirandose.

Isab. Madre mia, consolaos,

pues à Enrique ya veremos en libertad.

Mad. Si, hija mia, benditos sean los Cielos.

Gen. ¿Que habrá escrito aquel infiel que el Cesar está suspenso?

Emp. Dime, traidor, ¿tu rubor, tus propios remordimientos

no te anticipan la muerte, que darte al instante debo?

Infame, averguenzate viendo en mi mano este horrendo

producto de tus maldades é infieles procedimientos.

Casterbik, lee en voz alta Le da la carta.

y escuchad todos atentos la traicion mas execrable de ese monstruo audaz y horrendo.

Lee el Mayor. Señor Capitan Carlos.

„Pues no ha querido el Emperador ad-

„mitir vuestras capitulaciones, quiero

„manifestáros el amor que profeso à

„vuestra nacion, sacrificando este Exer-

„cito en su obsequio. A las doce de esta

„noche dad orden para que me dejen

„pasar vuestras centinelas de la Guardia

„de las dos minas hasta las puertas de la

„Plaza; esperadme en ella con solos doscientos soldados, con los cuales, el santo, seña y contra seña que llevaré prevenidos haré os apodeeis de este campo, y aun del Emperador; lo qual jurar cumplir religiosamente vuestro apasionado Amigo Ricardo.

Todos. Que maldad!

Gen. Dejad, Señor, que à ese infame, à ese perverso le hagan mis brazos pedazos.

Emp. Tente, Dumont. Al momento, Mayor, haga se disponga para morir, pues ordeno se la degrade y acabe como merece. Pon preso al Pisano, haz que declare à la vista del tormento quanto de ese traidor sepa, y avísame.

Car. Vive el Cielo que si la carta me ha dado con la muerte se la premio.

May. Amarradle y conducidle.

Ric. Voy à pagar mis excesos. *Se le llevan acompañándole el Mayor.*

Emp. Atul!

Ayud. Gran Señor?

Emp. Escucha.

Robinson llegará presto, à el aparte. aguardale en el camino, y haz que con todo secreto entre en mi tienda sin que nadie pueda conocerlo; pero à su esposa y à su hija no se las nombres.

Ayud. Ya entiendo, gran Señor, voy al instante à cumplir vuestro precepto. *Vase.*

Emp. Oy à Robinson, su esposa, Aparte. su hija, Enrique y Dumont quiero (pues que merecen mi amor) darles un rato muy bueno.

Gen. Querer vuestra Real Persona vender el traidor!

Emp. Los Cielos velan por los Soberanos. Dumont, vamos à dar premio

á la inocencia de Enrique.
 Saber la historia deseo
 de tu Sobrina y su Madre.
Gen. Otra hay, Señor, que os ofrezco
 la habeis de escuchar con gusto.
Emp. Vamos por Enrique.
Isab. Elo,
 gran Señor; vuestras bondades
 produzcan nuestros consuelos.
Mad. Para que así haga la fama
 vuestro heroico nombre eterno.
Isab. Para que el mundo celebre
 que sois mas padre que dueño.
Rob. Y para que le coronen
 dichas...
Isab. Aplausos...
Mad. Y obsequios...
Todos. Viva nuestro Emperador
 el gran Leopoldo Primero.

ACTO III.

*Tienda regia del Emperador con bufete,
 y silla correspondiente á la Magestad. So-
 bre aquel papeles y escribania. Salen
 apresuradamente el Emperador, Ach,
 General, y Enrique. La Guardia y
 centinelas ocupan su lugar.*

Emp. Otra vez, querido Enrique,
 a darme los brazos vuelve.
Gen. Y á mi. Me arebata el gozo. *Aparte.*
 y no puedo contenerme.
Corre y le abraza estrechamente.
Enr. Y permitid que otra vez
 la tierra que pisáis bese,
 Soberano mío; á quien
 adoro tan tiernamente.
 Que dicha la mía ha sido
 tan grande, Señor! Que suerte
 tan venturosa en haberos
 conducido donde quede
 esta humilde hechura vuestra
 con el honor que merece!
 Con el honor gran Señor,
 que aunque llegara á perderse
 mi vida tambien, no es justo

que de mi vida me acuerdes,
 porque la vida no es vida
 quando sin honor se tiene.
 Y si hasta aqui, gran Señor,
 en mi corazon vi siempre
 deseos de vuestras glorias
 y de que el Orbe rindiese
 su cerviz á vuestras plantas,
 desde oy es justo que piense
 en acreditarlo, pues
 así podrán solamente
 mi amor, mi fé y gratitud
 satisfacer lo que os deben.
Emp. Si un abrazo satisfizo
 antes mi gusto por verte
 libre de aquellas obscuras
 tinieblas, con que la aleve
 impostura eclipsar quiso
 tus procedimientos fieles:
 otro abrazo como á Enrique
 y como á mi amigo, deje
 de tu honor las luces mas
 puras, y resplandecientes.
 Levantad, amigo Enrique.
Enr. El Cielo
 vuestra virtud, Señor, premie.
Gen. Espera, Enrique. Si como
 deteniendole al separarse de los brazos
 del Emperador.
 á Enrique y como á inocente
 le habeis, Señor, ese abrazo
 dado, preciso es que os ruegue
 que otro le deis como á mi hijo.
Emp. ¿Como á tu hijo?
Enr. ¿Que profiere
 vuestre ciencia? ¿Yo vuestro hijo?
 Lleno de admiracion.
Emp. Dumont, suspenso mentienes.
Gen. Mi hijo es Enrique, Señor,
 y así perdonad me lleve
 mi amor á sus brazos.
 Hijo!
 Los dos. Padre!
Emp. La admiracion me suspende.
Enr. Con el gozo confundido,
 no se lo que me sucede.
Emp. ¿Como ha sido esto Dumont?
 Que este acaso me parece,

aun mucho mas prodigioso
que el de Robinson.
Gen. Si puede
mi labio expresar las voces,
porque el gozo le entorpece,
os digo Señor que sí.
Enrique mio, tu eres
mi hijo amable: la sorpresa
abandona: En este, en este
retrato de mi Enriqueta,
de tu Padre se contiene
el nombre. Yo se le di,
y oy el Cielo me le vuelve
por la mano de Isabela
porque pueda conocerle.
La Guerra hizo que callado
mi Matrimonio estuviese.
Señor, de los dulces brazos
de mi esposa me desprende
la misma. Quando tomamos
á Belgrado, aquel ardiente
valor, Señor, que á este brazo
sabeis que ha asistido siempre,
del enemigo en la fuga
me empenó, para que vieses
que en el hallaban menguante
las medias lunas crecientes.
Me divertia rompiendo
á unos los brazos infieles,
á otros las cabezas y á otros
dandoles sangrienta muerte,
porque de una vez pagasen
delitos de tantas veces.
Mi caballo... (que caballo
era, Señor, tan valiente!)
tropezó y caí. Entonces
los enemigos me prenden,
porque sino hubiera caído
como era fácil pudiesen?
Al Visir me presentaron,
y aunque quiso concederme
la libertad, un traidor
un inhumano, un alevé,
el Conde de Tekeli
hizo que no me la diese.
Ah vil christiano! Tu nombre
para siempre se avergüenza,
pues ni un Turco pudo hacer

que á ser humano aprendieses!
Doce años fuí prisionero.
Volvi á Vvitemberg alegre
á enlazarme con mi esposa
Enriqueta tiernamente.
Pero ah Señor! Ya habia muerto;
y entre las angustias crueles
de mi dolor, como estuvo
nuestro lazo oculto siempre,
no hubo quien de mi hijo Enrique
noticia alguna me diese!
Oy logré justificarlo,
pero viendo que rebelde
no descubria lo que
le acreditase inocente,
en el crimen horroroso
de que le acusó el alevé
Ricardo, y que moriria
deshonrado, del mas fuerte
valor á mi corazon
revesti, para que hiciese
la heroicidad de mirarle
morir, sin que descubriese
que el era un pedazo suyo
el mas tierno. Quise verle
morir, y morir tambien
del pesar, mas sin que fuese
reconocido por mi hijo,
mirando le daba muerte
un delito que á mi nombre
le daria afrenta siempre.
Esta es la verdad, Señor;
y pues tan grande causa tiene
Dumont para estar oy loco
de gozo, bien es que espere
no le riñais, gran Señor,
aunque mireis que enloquece.
Quien conozca los extremos
del amor paternal puede
conocer quanto es mi gozo
mirando á mi hijo inocente;
y por probarlo mejor,
permitidme hacer presente
sus servicios y los míos.
Ya os acordais quantas veces
arrollando las vanderas
de contrarios y rebeldes,
con peligro de mi vida,

os coroné de laureles.

Este pecho lo publique;
estas heridas crueles,
aunque cerradas sus bocas
son los testigos mas fieles
que pregonan mis hazañas;
y tambien tendreis presente
que quando oy visteis cercado
de una Tropa de franceses
en el pasado reencuentro,
donde á favor de la suerte
y de el numero crecido
de tropas que os acometen,
lograron aprisionaros,
llegó mi hijo, y valiente
viendo á su Rey en peligro
como una vivora ardiente
con el azero en la mano,
tan precipitadamente
se abrió paso por enmedio
del esquadron, dando muerte
á quantos se lo impedian,
que muy breve logro hacerse
dueño de vuestra persona,
y agarrando felizmente,
vuestro Augusto brazo, os puso
à su espalda, y de esta suerte
hiere y mata en retirada,
facandoos gloriosamente,
libre de los enemigos,
dejando el campo de suerte
cubierto de cuerpos muertos
y heridos, que no se atreve
à seguirle ya ninguno
temiendo su azero fuerte.
Pues, Señor ¿no es natural
que en un lance como este,
se agitate el corazon,
viendo desgraciadamente
este merito perdido,
y obscurecido vilmente
el honor de mi hijo Enrique ?
;Y no es natural que fuese
un extremo de locura
la alegria que sorprende
mi alma al verle triunfante,
y declarada la aleva
impostura de Ricardo,

y que pueda finalmente
decir á voces que es mi hijo ?
Quiero que lo considere,
Señor, vuestra Magestad,
porque disculpado quede.
Y así, glorioso Monarca,
aqui de nuevo os ofrezco
mi amor paternal este hijo
renazido, qual el Fenix,
de estas eladas cenizas;
admitilde, protejedle,
que él y yo nos ofrecemos
à sacrificar mil veces
nuestras vidas, por la Patria
el honor de sus laureles,
y por vuestra Magestad
que es el hilo de quien penden.

Enr. Ah Padre mio ! A estos pies
permitidme que celebre
mi corazon una dicha
que me confunde y sorprende !
;Que vos sois mi amado Padre ?
;Que sois por quien lloré siempre,
y aquel á quien tanto amaba
sin llegar á conocerle !

Gen. Si, hijo mio ; entra en el seno
de mi corazon ! Posee
todo el fondo de mi Alma,
pues oy me rejuveneces.

Emp. Espectaculo tan dulce,
confieso que me enternece !
Enrique, te felicito
por las dichas que oy adquieres,
con tan buen Padre ; no habias
de ser en todo excelente ?
Ya eres Mariscal de Campo.

Enr. Señor, à tantas mercedes
que de vuestra Magestad
recibo, y que me concede
oy el Cielo ; quien podrá
corresponder justamente !

Salen corriendo Isabela, Madama y Roberto.

Isab. Ya le veo, Madre. Esposo !

Mad. Enrique ! *Abrazandose.*

Rob. Señor !

Gen. ;Quien puede
contener estos impulsos
que

que amor y la sangre ofrecen
Señor ?

Emp. Dices bien.

Enr. Señora : á Matilde lleno de gozo.

Isabela mia , advierte
que nuestro Cesar Augusto,
es el que mirais presente.

Isab. Ya el Cielo nos concedió
la dicha de conocerle.

Mad. Y de admirar sus virtudes.

Emp. Enrique, deja que llegue,
y que te abraze Isabela
tu Prima hermana. *Todos se sorprenden.*

Gen. ¿Que tienes,
Enrique ? Te admiras ? Que ;

¿ á vosotros os suspende,
lo que su Magestad dice ?

Pues todo ello es evidente ;
porque siendo Enrique mi hijo,
tu Primo hermano á ser viene.

Isab. ¿Vuestro hijo Enrique, Señor ?

Gen. Si Sobrina, mi hijo es este.

Enr. ¿Sobrina vuestra Isabela ?

Gen. Como que es la hija del fuerte
Robinson, hermano mio.

Mad. Gran Dios ! Mi admiracion crece
por instantes.

Rob. Que alegria
advierdo en mi alma !

Isab. No puede,
Señor , en esta ocasion
mi corazon contenerse,
con el gozo qué respira ;
y así , permitid le muestre.
Enrique , ¿ que eres mi Primo
hermano ? ¿ Que fué mi suerte
tan feliz ? ¿ Como no habia,
Primo mio , de quererte
si á las leyes del amor,
se unieron tambien las leyes
de la sangre ? ¿ Y como no
pediré á estos pies clementes,
que á vinculos de la sangre
permita que se le agreguen
aquellos que el Matrimonio
hace mas firmes y fuertes ?
Gran Señor , pues es Enrique
mi Primo , os pido que llegue

á ser mi Esposo. Este lazo
nada puede detenerle,
pues si la sangre nos une,
bien es que amor nos sujete.

Emp. Si , Isabela ; yo te ofrezco
que logres lo que apeteces.

Isab. Dios mio , haced que mi Cesar
en el universo impere.

Gen. En tocandole á su Enrique, *Aparte.*
loca Isabela se vuelve.

Emp. Madama Matilde , todas
tus desgracias oy fenecen,
y en los brazos de tu esposo,
estarás may prontamente.

Mad. Amado Emperador mio,
mis dichas es justo espere
de vuestras reales bondades ;
que el Cielo será quien premie
vuestro corazon inicto,
tan generoso y clemente.

Enr. Oy para mi todo ha sido
fortunas, dichas, y bienes.

Gen. Este es Roberto , Señor ;
el compañero perenne
de mi hermana, y mi sobrina.

Emp. Yo haré que premiada quede
la virtud recomendable,
Roberto , con que procedes.

Rob. Quien logra estar á estos pies
para que mas dichas quiere ?

*Sale el Ayudante, se dirige derecho al
Emperador, y le habla aparte.*

Ayud. Gran Señor , ya Robinson
llegó oculto.

Emp. Dile espere :
pero antes admira tantos
prodigios como oy suceden
en mi campo. Mira á Enrique,
que dejó de ser Teniente,
por ser Mariscal de Campo,
porque su honor mas se eleve.

Ayud. De mi corazon el gozo
viendolo como merece,
me consterna, gran Señor.
Si , Enrique : no hay quien celebre
mas que yo , que los augustos
rayos de este Sol , pudiesen
desvaratar las bastardas

nubes, que vuestros alevés
impostores pretendieron
á vuestra honradez ponerle.

Enr. De vuestro corazon noble,
Astulf, eso esperaré siempre.

Ayud. Ya estareis, bella Isabela,
gustosa.

Isab. Y decid, no tiene
mi corazon con Enrique,
causa para estar alegre?

Ayud. Voy, Señor, á obedecer
lo que me mandais.

Gen. Espere,
Señor Ayudante; y para
que su gozo mas aumente,
sepa, que es Enrique mi hijo.

Ayud. Que dice Vucencia?

Gen. Observe
lo que el Cesar le ha mandado,
y todo sabrá, si vuelve.

Ayud. La admiracion, y alegria,
á mi corazon sorpreenden. *Vase.*

Emp. Dumont, id á la otra Tienda,
donde podais libremente
solemnizar las fortunas,
que oy el destino os ofrece;
pero dame pronto aviso,
al punto que Carlos llegue.

Gen. Bien, Señor.

Enr. Vida, y honor, *Aparte.*
Carlos, sin que te debe.

Gen. Vamos, hijos; ven hermana,
y todos juntos y alegres,
al Cielo daremos gracias,
por lo que nos favorece. *Vanse.*

Emp. Los casos tan admirables
que han ocurrido en tan breve
tiempo, puestos en la historia,
llegarian á tenerse
por inciertos; mas la vida
del hombre, y el mundo ofrecen
estos, y aun otros mas raros.
Pero ya Robinson viene.
Voy á hacer que mas completo
el jubilo en todos reine,
que si un Soberano es solo
un buen Padre, siempre debe
mostrarse tal con los hijos

que su estimacion merecen.
Salen el Ayudante, y Robinson con capa.

Robins. Vuestro precepto, Señor,
observé tan obediente,
como debo. Nadie ha visto
á este viejo impertinente
mas que Vuestra Magestad
y el Ayudante.

Emp. Prevente
para el jubilo mas granda,
que jamás tuviste.

Robins. Puede
que así sea, gran Señor;
mas ya ha tiempo que la suerte
me los quitò. Ay mi Matilde! *Aparte.*
Que no muriera al perderte!

Emp. ¿Con que en nada tienes gusto?

Robins. En serviros solamente.

Emp. Pues bien, á servirme vas.
Haz vengá inmediatamente
Al Ayudante aparte.

Matilde contigo sola.

Ayud. Voy á obedeceros. *Vase.*

Emp. Este
pliego de letra metida,
Le saca, y se le alarga.
me has de copiar prontamente.

Robins. ¿Como copiar, gran Señor?
Desviandose, sin tomar el pliego.
¿Yo escribir? Hay quien tal piense?
En mi vida una quartilla
da papel escribi. Siempre
hize una letra tan mala,
que es imposible leerse.
Solamente con la espada,
dando tajos y revefes
á los enemigos hago
unos rasgos excelentes,
mas con la pluma, Señor,
la mano se me entorpece.

Emp. Toma, y haz lo que te mando,
que á mi servicio conviene.

Robins. Si conviene que en lugar
de letras, borrones eche
en el papel, jamas ierra,
gran Señor, el que obedece.

Toma el pliego.

Emp. Interin que vuelvo, espero

que

que copiado el papel quede.

El Pobre de Robinson, *Aparte.*
en buen aprieto se mete. *Vase.*

Robins. ¿Que es lo q me manda el Cesar?

¿Yo escribir? Sin duda quiere

burlarse de Robinson,

porque ni aun el sueño puede

dictar à su fantasia

un disparate como este.

Pues no es cosa la tal carta;

Todas las llanas las tiene

colmadas de letra, à modo

de Sermon; ni en quatro meses

puedo yo copiarla. Mas

preciso es obedecerle.

Pasa al bufete y se sienta.

Y que al cabo de mis años,

venga yo à ser escribiente!

Dispone el papel, toma la pluma, escribe, y salen al bastidor el Emperador y

Madama.

Emp. Quiero partas à la Corte

con tu Esposo; y porque lleves

una señal de mi amor,

ya te he hecho algunas mercedes;

y à aquel Secretario mio

mandé que las estendiese.

Entra, di que las despache,

y al punto te las entregue.

Que gozo tendrán los dos *Aparte.*

en llegando à conocerse! *Vase.*

Mad. Vuestra vida el Cielo guarde,

y de grandezas la llene.

Entra à la escena.

Robins. El Cesar solo ha querido

Tirando la pluma.

que aqui yo me desespere.

Habrà tinta mas maldita!

Cayó un borron; mas de suerte

que iban ya ocho letras hechas,

y me ha borrado las siete.

Mad. ¿Señor Secretario?

Robins. Oia?

El titulo me conviene.

Y es buena moza, por Dios.

¿En su tienda el Cesar tiene

estos enemigos? Pues

serà feliz, si los vence.

Mad. ¿No me respondeis, Señor?

Robins. ¿Señora, que la sucede?

Si busca à algun Secretario,

aqui es preciso, que espere,

porque yo no lo soy.

Mad. Pero

que hagais pronto es bien os ruegue

ese despacho.

Robins. ¿Despacho?

Mad. Así el Cesar me lo advierte.

Robins. Señora, yo no os entiendo:

Volverme loco pretende

el Emperador. Veré

si acaso entre estos papeles

Se levanta y los toma.

está el que buscáis; mas vuestro

nombre, preciso es saberle

para buscarle.

Mad. Matilde.

Robins. Matilde?

Deja los papeles alborozado, pasa à ella y se ven con atencion.

Mad. ¿Pues que os suspende?

La esposa de Robinson.

Robins. Robinson? Aqui le tienes,

Matilde mia!

Mad. Oh, gran Dios!

Los 2. Esposa!... Cielos, valedme!

Se abrazan como fuera de si del extremo gozo, y sale Isabela.

Isab. El Cesar... ¿Mas que reparo?

Pasa corriendo à Matilde y la separa de los brazos de Robinson.

¿Que haceis, Madre? Bueno es fuése

delito en mi el abrazar

à mi Tio, y que os encuentre

con un extraño abrazalla,

pero como? Estrechamente!

Robins. Madre dijo?

Mad. Ah hija mia!

Robinson tu Padre es este!

Isab. Que decis? Ah Padre mio!

Robins. Hija del Alma!

Se abrazan, y Sale Enrique.

Enr. ¿Que advierten

mis ojos? Hombre atrevido...

A esta voz vuelve Isabela la cara, ve à

E 2

Enr.

Enrique con la mano en la espada, y corre á detenerle.

Isab. Enrique mio, detente, que es mi Padre Robinson.

Mad. Y tu tio.

Robins. Estoy de suerte, que ni á hablar acierto.

Enr. Tio de mi corazon !

Mad. Que aliente me quita el gozo !

Salen el Emperador, y Dumont General.

Emp. Verás la scena mas excelente.

¿Está la carta copiada, Robinson ?

Gen. Hermano... *Abrazandole.*

Robins. ¿Pueden en un instante caber las dichas que me suspenden !
¿Era esta, Señor, la carta para copiar ? Bien merece que en mi corazon la imprima como una de las mercedes mayores que me habeis hecho.
Esposa ! hija ! Mil veces bendito sea el instante que me mandó que viniese á Landau nuestro glorioso César ! Hermano, ¿que es este mi sobrino ? Pues acaso Enriqueta...

Gen. No la acuerdes, que duplicas mi dolor, y mi amargura recreces !

Emp. Esta es Isabela, tu hija, y de Matilde. Bien puedes por su nostro conocerla, pues tanto se te parece. Este es Enrique, mi Amigo, hijo de Dumont. Ya puedes prevenir bien tu atencion, para oir los diferentes caminos por donde aqui os ha juntado la suerte. Y pues que el tardar ya tanto Carlos, me tiene impaciente, ven Dumont : deja á los quatro

que sus sucesos se cuenten, y colmen los gozos, que en sus corazones tienen.

Gen. Vamos, Señor. A mi tienda idos todos prontamente. *Vanse los 2.*

Isab. Padre mio!... *tocandole el hombro.*

Robins. Hija de mi Alma !

Mad. Esposo... *Lo mismo.*

Robins. Esposa inocente !

Enr. Tio... *le toma y la aprieta la mano.*

Robins. Sobrino !

Los 3. Venid en nuestros brazos.

Robins. Quien puede ser mas dichoso, que yo *Caminando conduciáo de los tres.*
con lo que tengo presente !

Todos. Cielos, por tantos favores gracias os daremos siempre. *Vanse.*

Selva corta, salen el Ayudante y el Mayor.

Ayud. Pues si mi Mayor : Enrique es ya mariscal de Campo, como hijo del General.

Mi gozo por esto es tanto, que sin persistencia usurpa las palabras á mis labios.

May. Y á mi tan fausta noticia me deja, Atuls, admirado.

Ah, como el Cielo piadoso jamás le niega su amparo al inocente, y castiga los delitos del culpado !
Pero el Emperador llega, y el General.

Salen el Emperador, y el General.

Emp. No descanso hasta que Landau sea mia, y aun no ha parecido Carlos !
Que hay, Mayor !

Mry. Hay, gran Señor, que sus crímenes Ricardo declaró ; y que su malicia motivó haber delatado á Enrique, y no su lealtad. El Pisano ha confesado, que para que declarase contra Enrique, y el honrado Pescador Roberto, fué

inducido, y violentado por su Alférez. Solo falta para que se empiece el acto de la degradacion, y el castigo, que á mandado vuestra Magestad se imponga al Reo, vuestro mandato.

Emp. Que se execute al instante. El Pifano muera ahorcado, pues seducir se dejó, á la Religion faltando del juramento, y por ello llegó á ser testigo falso. Id, y executda este orden. Arulf, si avísase Carlos, mientras la justicia se hace, tu aviso en mi Tienda aguardo.

Ayud. Como yo acierte á serviros, Señor, dicho me llamo. *Vanse los 2.*

Gen. ¡El picaron del Alférez, al Pifano preocuparlo, para una maldad tan grande! No se hallará hombre tan malo. Pobre Enrique! Hijo del alma! Sino habeis, Señor, llegado ran á tiempo, y tan á tiempo no se descubre este engaño, á estas horas está mi hijo muerto, y tambien deshonrado.

Emp. A la inocencia no falta nunca Dios; y á los malvados sabe castigar tremendo, por caminos muy extraños. Pero ven, recorreremos mis tropas un breve rato.

Gen. Dios mio, mi corazon, la vida y alma os consagro. *Vanse.*

La vista de la Plaza como antes. Marcha cerca, y lejos todos los tambores, y Pifanos; á cuyo compas, y con todo el rigor en ella irán saliendo los Comparsas, que representan el Regimiento de Ricardo, con este orden. Primero el Capitan de Granaderos, siguiendole estos formados de 4. de frente. Despues los Fusileros, que formarán una linea en el centro del Teatro, cerrando la marcha los Granaderos

restantes, con su Capitan igualmente; estos pasarán á formar una linea que iguale con el costado de la izquierda de los fusileros; porque los Granaderos primeros deberán haberla formado con la misma igualdad á la derecha. El Sargento Mayor y Ayudante vendrán mandando; al toque de la caja, que señala el Ayudante con su baston dan vuelta las dos lineas de Granaderos á derecha, é izquierda. Las banderas quedarán en la columna de enmedio.

May. Ayudante, que conduzcan los Granaderos al reo.

A esta voz levanta el baston, dá el tambor de orden los golpes necesarios para que la columna de Granaderos de la derecha dirigidos por el Ayudante empiezen á marchar como se instruirá con la voz viva: dentro ya los Granaderos, el Mayor se paseará lentamente diciendo.

May. Que extraños, que repetidos, y que admirables sucesos se han descubierto este dia, ya plausibles, ya funestos! Pero de Enrique las dichas, es lo que yo mas celebro, pues siempre de su lealtad dudé los grandes excesos, que le acumuló Ricardo. Pero ya llega este reo. *oiendo el tambor.*

Vuelven á tocar marcha los tambores, que están en la scena a la señal del Mayor, y salen como la primera vez los Granaderos, que traerán enmedio á Ricardo con su uniforme completo á excepcion del sombrero, y espada, que la conducen los quatro Granaderos ultimos. El Sargento Mayor señala con el baston tocar el vando que se hace, y quitandose el Sombrero todos los que se suponen Oficiales y Sargentos á la voz de Por el Rey, dirá lo que se sigue.

Ayud. Por el Rey. Qualquiera que

le-

levante la voz pidiendo
gracia , se le impone pena
de la vida en el momento.

*A este vando deberán tener las armas
presentadas , lo que se habrá
mandado antes.*

May. Poneos de rodillas.

*Al Reo que lo hace delante de las ban-
deras.*

Ric. Ya

Aparte.

reconozco mis defectos.

May. Viendo nuestro Emperador

Con unos popes donde supone lee.

el Gran Leopoldo Primero,

los delitos execrables,

los crímenes tan horrendos

que hacer quiso , y confesó

solemnemente este reo,

manda sea degollado

como traidor y perverso,

porque tan justo castigo

sirva á todos de escarmiento.

Levantad. Pongasele

esa espada , y su sombrero.

*Esto , y lo demas que mandará el Mayor,
lo executará el tambor Mayor. Y estando
preparado así el reo , con el baston hace
la seña , y por ella tocará el tambor de
orden un redoble largo , que es prevencion
para que todos observen silencio ; y echo
así , continua diciendo al reo.*

La generosa piedad

de nuestro Cesar excelso,

os concedió que delante

de sus estandartes regios,

cubrieseis vuestra cabeza

con el sombrero ; entendiendo

que vuestro honor os haria

digno de este privilegio.

Y ahora manda su justicia,

fe os quite , y tire en el suelo.

*Con la seña del Mayor , lo hace el tambor,
quitandole tambien la espada á su tiempo.*

Esa espada , que ceñisteis

para poner fastishecho

(conservando vuestro honor)

al que el Cesar os dió en ello,

permitiendoo la esgrimieis

contra enemigos , y haciendo

su autoridad y justicia

dignas de mayor respeto,

rota por vuestros delitos

abominables , y feos,

servirá de dar á todos

exemplo , y á vos tormento.

La rompe y tira.

Quitesele ese uniforme,

pues exteriormente vemos

le equivocó con los que

dignamente le traen puesto;

y en su lugar , otro infame

le cubra. Ponsele luego.

*Habiendole quitado el uniforme le pone
una ropilla el tambor : y encarandose el*

Mayor á los Granaderos , dice:

La justicia del Monarca

pide que á el enorme exceso,

á el delito vil de ese hombre,

se dé castigo sangriento ;

y así llevenle al instante

donde le sufra su cuerpo;

que de su alma tendrá Dios

piedad , aunque es Justiciero,

*A la seña que hace el Mayor todos los
tambores , y pifanos tocan marcha , vuel-
ven á formarse los Granaderos , y todos
los demas por su orden llevando al reo.*

*Selva larga. Salen Roberto , Enrique , el
General , Robinson , Madama , Isabela , y
el Emperador.*

Robins. Como á vuestra Magestad,

gran Señor , iba diciendo,

para que á mi esposa no

volviese á ver , los sucesos

de la Guerra dieron causa.

A los dos años , y medio

á Vvormes volví á buscarla;

donde supe que habia muerto

su Padre , y que de ella no

sabian el paradero.

Estas

Estas funestas noticias,
me postraron en el lecho
donde estuve otros dos años;
y recobrado al fin de ellos,
pasé á la puerta Oromana,
Señor, por vuestro precepto,
á formalizar las paces;
adonde quedé de asiento
siendo vuestro Embajador.
Sabeis que hace poco tiempo
que volvi a Viena; mandasteis
que viniese (que consuelo!)
con vos á este sitio, y hallo
en él en un mismo tiempo
mi esposa, mi hija, sobrino,
y hermano; con que con esto
fuerza es que el gozo á estas canas,
las vuelva negras muy presto.

Emp. Prodigios tan afombrosos,
Robinson, como los vuestros,
me admiran; pero oy ansioso,
á todos premiar deseo.
Mariscal de campo es ya
Enrique, á Isabela ofrezco
sacar de Roma las bulas
para que en dulce himeneo
á su Primo hermano se una,
que yo ser Padrino quiero.
Y porque tu con Matilde
consigas vivir contento,
ya eres Mayordomo mio.
Tu Dumont, solo pretendo
que estés á mi lado siempre.
Y la honradez de Roberto,
con cederle una encomienda
parece que recompensó;
pues quando á un traidor castigo,
á los inocentes premio.

Todos. Nuestro amor manifestamos
rendidos á los pies vuestros.

Gen. Quien por Soberano os tiene,
que favores debe al Cielo!

Isab. Dichosos los que obedecen
los Soberanos preceptos
de un César tan generoso,
como Leopoldo Primero!

Enr. Y dichoso quien merece
por su honor, y su respeto

exponer en la Campaña
su vida, en culto pequeño.

Mad. Que felicidad la mia!

Rob. Señora, y la de Roberto!

Sale el Mayor. Ya, Señor, se executó
vuestra Justicia en el reo;
mas permitidme que á Enrique
le dé un abrazo. *Tocan dentro tambor.*

Emp. Que es eso?

Sale el Ayud. Gran Señor, Carlos pretende
hablaros.

Emp. Que entre al momento.

Vase el Ayudante.

Si se me rinde Landau,
mi gozo será completo.

*Sale Carlos, y el Ayudante, aquel se
dirige á los pies del Emperador y le en-
trega unos papeles.*

Ayud. Entrad.

Car. Gran Señor, Landau
á los Cesáreos pies vuestros
por mi se rinde. Estos son
los articulos, dispuestos
como vuestra Magestad
ordenó.

Emp. Yo los concedo
todos, generoso Carlos,
por ti, sin llegar á verlos.
Levanta, y al Mariscal
de campo Enrique, en tus tiernos
brazos recibe, pues oy
por ti recibió ser nuevo.

Car. Llega, Enrique, que tus dichas
mas que nadie las celebro.

Mad. Que felicidad!

Robins. Que dicha!

Gen. Que jubilo!

Rob. Que contento?

Car. Y el traidor Ricardo?

Isab. Ya

satisfizo sus excesos
con muerte infame, porque
el justo, y piadoso Cielo
descubre de los traidores
los alevosos intentos,
y hace quede la inocencia,
que perseguida por ellos
fué, mas pura, mas brillante,

y con mayor lucimiento.

Gen. Para que mas se complete,

Carlos, oy el gozo vuestro,
porque de Enrique habeis sido
norte, luz, y asilo, y puerto,
sabad que es mi hijo.

Car. Que escucho ?

Gen. Si, mi hijo. De este suceso
os informaré despues.

Emp. Y ya que ha sido tan lleno
de fortunas este dia;
para que acabe de serlo
a tomar la posesion
de Landau vamos; mas quiero

que antes Enrique, é Isabela
aseguren su himeneo
dandose manos de esposos
hasta que lleguen a serlo.

Enr. Isabela, con mi mano
alma, y corazon te entrego.

Isab. Y yo con la mia, Enrique,
alma, vida, ser y aliento.
Y si premiar la inocencia,
Publico ilustre y discreto,
y castigar la traicion,
han sido de vuestro obsequio...

Todos. Con un general aplauso
quedaremos satisfechos.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó,
Impresor y Librero, en la Librería.